

ÉPICOS, PÍCAROS Y DISONANTES

DOCE GUIPUZCOANOS EN LA PENUMBRA DE LA HISTORIA



Juan Aguirre

Josemari Alemán Amundarain

mono-gráficas michelena



ÉPICOS, PÍCAROS Y DISONANTES

DOCE GUIPUZCOANOS EN LA PENUMBRA DE LA HISTORIA

MONOGRAFICAS MICHELENA, 3

1ª Edición 1995

CATALOGACION EN PUBLICACION

AGUIRRE, Juan; ALEMAN, Josemari

Epicos, pícaros y disonantes (Doce guipuzcoanos en la penumbra de la historia). — [1.ª ed.]. — Donostia - San Sebastián : Michelena, 1995 (San Sebastián : Michelena artes gráficas).

168 p. : il. ; 21 cm.

(Mono-gráficas Michelena ; 3)

ISBN 84-920299-1-9

CDU

Historia como género literario. Biografías de guipuzcoanos. Ilustradas.

82-94 (460.154)(084.1)

ISBN.: 84-920299-1-9

Depósito Legal: SS-1.214/95

© de los textos: Juan Aguirre.

© de las ilustraciones: Josemari Alemán.

© del prólogo: Santiago Aizarna.

© de la edición: Michelena artes gráficas.

ÉPICOS, PÍCAROS Y DISONANTES

DOCE GUIPUZCOANOS EN LA PENUMBRA DE LA HISTORIA

Textos

Juan Aguirre

Ilustraciones y maquetación

Josemari Alemán Amundarain

Donostia-San Sebastián

Michelena
artes gráficas

1 9 9 5



... Y VAN TRES!

... ETA HONEKIN HIRUGARRENA

MICHELENA ARTES GRAFICAS

HAN PASADO YA DOS AÑOS DESDE QUE TIMIDAMENTE SALIO DE NUESTRO TALLER EL PRIMER LIBRO DE ESTA COLECCION (A LA QUE ALGUN BIEN PENSADO NO DABA DOS FOLIOS DE VIDA), COMO JUSTA CORRESPONDENCIA A NUESTROS CLIENTES Y AMIGOS POR SU APOYO Y PACIENCIA A LO LARGO DE ESTOS AÑOS.

PARA ESTE TERCER NUMERO HEMOS ESCOGIDO UN TRABAJO DE JUAN AGUIRRE Y JOSEMARI ALEMAN, DOS AVENTUREROS DE LA PLUMA (¿O TAL VEZ DEL ORDENADOR?) Y DEL LAPIZ (¿HABRA QUE DECIR YA DEL RAPIDOGRAFO?), QUE COMO QUIJOTES ARREMETEN CONTRA LOS MOLINOS DE PAPEL Y, EN GENERAL, CONTRA TODO AQUELLO QUE SE LES PONGA POR DELANTE.

NO SÉ SI ELLOS PODRAN FORMAR PARTE ALGUN DIA DE LOS DOCE DE ESTE LIBRO, PERO ES SEGURO QUE “ENTRE PENUMBRAS” SE ENCUENTRAN A SUS ANCHAS Y A SUS LARGAS. PODRAN COMPROBARLO A LA LUZ DE ESTAS 165 PAGINAS.

JADANIK BI URTE DIRA GURE TAILERRRETIK BILDUMA HONETAKO LEHEN LIBURUA ATERA ZENETIK (BATEK BAINO GEHIAGOK BI ORRIREN BIZITZA ERE EZ ZIOTEN EMATEN), URTE GUZTI HAUTETAN ZEHAR BEREN LAGUNTZA ETA PAZIENTZIA ERAKUTSI DIGUTEN GURE BEZERO ETA LAGUNEI ESKAINIA.

HIRUGARREN ALE HONETARAKO, JUAN AGUIRRE ETA JOSEMARI ALEMANEN LAN BAT AUKERATU DUGU, LUMAREN (ALA ORDENAGAILUARENAK ESAN BEHAR OTE?) ETA ARKATZAREN (“BIZKORGRAFOA” ESAN BEHARKO?) BI ABENTURAZALE, KIXOTEARREN ANTZERA PAPERIZKO ERROTEN AURKA ETA AURREAN JARTZEN ZAIEN EDOZEREN AURKA EKITEN DUTENAK.

EZ DAKIT INOIZ LIBURU HONETAKO HAMABI HORIEN ARTEAN EGONGO OTE DIREN, BAINA ZIUR BAINO ZIURRAGO NAGO “ITZALPEAN” GUSTORA SENTITZEN DIRELA. 165 ORRI HAUEK IRAKURTZEAN OHARTUKO ZARETE.



DILECTOS INSOLITOS

SANTIAGO AIZARNA

Para un tipo como yo que tiene como modelos de vida a Emilio Bécher, a Buchmendel, y hasta al mismo rey Wamba, el festín que me ofrece este libro resulta ser opíparo. De los tres que aquí menciono dos resultan conocidos; el tercero, algo menos.

Buchmendel es aquel sublime personaje de Stefan Zweig, mago de los libros, con su campo de operaciones en el café Gluck en la Alserstrasse superior en Viena, un hombrecito galiziano, librero de lance, poseso del dios-demonio de los libros, adicto sin remedio y con el cerebro licuado por el virus de Gutenberg, que en la pluma de Zweig vive una tragedia insólita que, si no fuera por haberla contado quien la contó, hubiese merecido ser narrada por el mismísimo Kafka.

Del rey Wamba, el desnudo de ambición, noble y anciano godo unánimemente electo por el pueblo y que se ciñó la corona bajo amenaza de muerte, el ungido con la señal de la abeja simbólica, reductor de los vascones y de los rebeldes de la Galia con el general Paulo al frente, decalvado y hecho vestir el hábito monacal por inno-ble treta de Ervigio, y que, con la misma dignidad con que aceptó la corona, se la desciñó retirándose en magnífico gesto humano al

monasterio burgalés de Pampliega, se hace admirable casi todo en su humana y real trayectoria.

Y, en cuanto a Emilio Bécher, gran desconocido de las letras, todo se hace mágicamente respetable. Emilio Bécher fue un escritor argentino que nos lo descubrió José María Salaverría, quien le llamó “el genial fracasado”, un personaje singularísimo que “tenía un espíritu extraordinariamente agudo y cultivado, y todas las imponderables dotes con que quiso enriquecerle el cielo” y que “él mismo las malbarató por ocultos motivos psicológicos”; un hombre sobre el que la Providencia quiso reunir todas y las más raras perfecciones, no quedando ausente ni la belleza física, pero a quien “le faltaba el ímpetu ambicioso, el ahínco perseverante, la codicia arribista, el valor o impudor de la publicidad”, una de las primeras plumas de la Argentina, de poderosa inteligencia y capaz de tantas bellas obras que, sin embargo, le volvió la espalda al público y le hurtó su obra de manera que no quedara ni rastro de ella.

Con el antecedente de estos arquetipos por mí dilectamente electos, y ante este menú de personajes que ahora los autores de este libro me presentan, *se me hace la boca agua*. Nada menos que doce singularísimos personajes guipuzcoanos rescatados de la Penumbra de la Historia. Doce personajes que se bandean desde el puñetazo hasta la mística, desde la política hasta la bufonería, desde la música hasta el dandismo, desde la oratoria hasta la ira, la ambición, la vanidad, etc. Gran sintetizador fue aquel que incluyó el amplio panorama de los pecados en solamente siete capitales, aunque se le olvidó decir que sus correspondientes y contradictorias virtudes pueden ser igualmente pecados, y viceversa, ya que, según donde se

mire, todo puede ser pecado o todo virtud a tono con nuestros humores o nuestras liberalidades.

Algunos de estos elegidos son suficientemente conocidos por el gran público. Lo es, sin duda, Urtain, el del definitivo “salto del ángel”, trágica víctima de afanosos calcomanías, *muñeco roto* no por los puños de sus contrincantes tan pobres o más victimados que él, sino por los golpes despiadados de la aleve Fortuna; lo son, también, el gran “loco Aguirre”, la primera voz rebelde en las tierras de conquista de los marañones, asesino de su propia sangre; Jorge Oteiza, el genial oriotarra ardidado en incomprensibles iras artísticas; el barojiano Aviraneta, héroe de historias mil en las fabulaciones del de Itzea; y Juana de Asbaje, preclara voz feminista desde el monjío mexicano.

Los son menos Vicente Manterola, a pesar de su boca de oro y de su pulido continente político-sacerdotal; Francisco de Lazcano, enano de identidad debatida, contrapunto natural sin duda del gigante de Alzo; y Juan Tellería, hombre cuya música ha hecho levantar el brazo a millones de personas y las ha hecho encender en patrioterías emociones; y María de Zozaya, necesaria evocación de nuestros aquelarres de antes, ahora y siempre.

De los tres que completan la lista, el contador Moxica, el bello Razquin y el pintor Erenchun, la brújula de los conocimientos muestra un errático titubeo, señal de ignorancias profundas.

Doce personajes bajo las tapas de un libro que por su propio contenido ya es una joya, y que ha sido ornado por la pluma de felices destellos de Juan Aguirre y las ilustraciones psicológicas de Josemari Alemán. Una delicia.



SEMBLANZAS EN EL AZOGUE

JUAN AGUIRRE

“**N**o hay propiamente historia, sólo biografías”. Seis palabras atribuidas a R.W. Emerson, un humanista norteamericano que no necesitó decir más para que le guardemos la mejor estima. Y es que por una sola frase, por un gesto o por una simple anécdota, ciertas personas merecerían ocupar un lugar respetable en la Historia (desalojando de paso a tanto desaprensivo cuya única virtud fue ganar batallas o reinar sobre millones de sufridos contribuyentes). Tipos de esta clase, pintorescos, lúcidos, efímeros, hay a porrillo —y usted conocerá seguramente alguno—, sobre los que sin embargo no hallaremos una línea impresa en los estudios *serios*.

Sabe ya el lector por el prólogo que amablemente nos dedica el entrañable y admirado Santiago Aizarna, que no son personajes del todo anónimos los que protagonizan este libro. En las páginas que siguen desfilan nombres famosos, otros no tanto por más que graduados en determinados círculos, y alguno casi ignoto. Aunque nos tienta el capricho de dedicar un libro a geniecillos extravagantes aún desconocidos, por esta vez intentamos comportarnos con algo

más de *sensatez*; si es que algo de sensato hay en esta galería, variopinta y sugerente, de guipuzcoanos hermanados en su obstinación por surcar la vida a rienda suelta, lo que frecuentemente implica situarse contracorriente de la común opinión, exhibiendo de ese modo una sensibilidad épica, a menudo ciertas dosis de picaresca y, en suma, evidente disonancia.

Tamaña impertinencia tuvo, tiene y tendrá siempre un alto precio a pagar en los ecos de sociedad, y un rincón penumbroso en los anales del tiempo. Por ese lado, podrán extraerse tantas moralejas como lectores encuentre este libro, aunque no se oculta la tierna parcialidad de los autores hacia todos ellos.

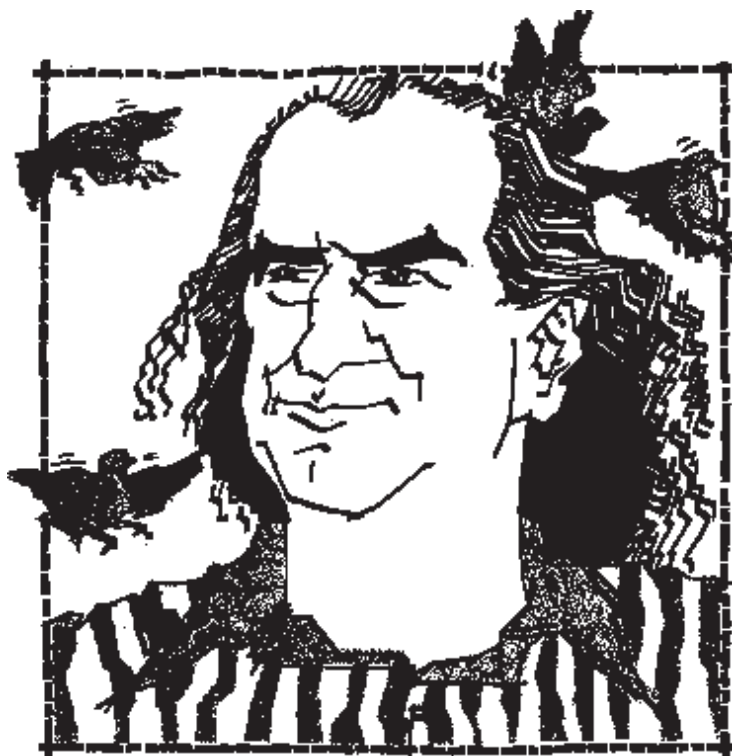
La Historia, como afirmaba Emerson, la escriben los sujetos, no los objetos. Razón de que jamás sea objetiva sino subjetiva. Del arraigo de este relativismo deriva, sin duda, la actual efervescencia del género biográfico en detrimento de los sesudos tratados de antaño, y la orientación que adoptan los historiadores contemporáneos para describir los distintos períodos como una articulación de millones de pequeñas biografías íntimas.

Tiene la biografía algo de espejo en que nos miramos con ojos que, por un instante, dejan de ser nuestros. Un ejercicio francamente saludable para el lector. Y también, lo confieso, para el escritor, que dándose las de espejero no hace sino biselar ideas, sueños y obsesiones personales mediante sus indefensos biografiados. No me resisto a traer aquí una cita que ilustra de perillas esta reflexión: “La

descripción que Pedro nos hace de Pablo, más nos sirve para conocer a Pedro que para conocer a Pablo”. Aserto alusivo a los apóstoles firmado por uno de los mayores *disonantes* que escucharon los siglos: Baruch Spinoza.

Lector o escritor, asomamos a las existencias ajenas imaginando la nuestra; lo que nos ayuda a comprender también a ese *Yo* que hemos inventado para poder sacar el pie de la cama cada mañana. Un *Yo* paradójico que es amalgama de muchos *tus* y de muchos *ellos* en sutil proporción. Así las cosas, leyendo biografías más escépticos nos volvemos hacia esa entelequia que conjugamos en primera persona y, en definitiva, mejor nos va a todos.

Le invito a que entre en una espejería un tanto pícaro, abierta por gente tan épica como Michelena Artes Gráficas, para plantarse ante el azogue distorsionado por una docena de *bichos raros* que hicieron de sus propias vidas una obra cumbre. Ojalá se divierta, descubra algún aspecto insólito de nuestro pasado y, sobre todo, se encuentre favorecido o favorecida en el reflejo de otros.



EL MANZANO PROMISCO

JOSEMARI ALEMAN AMUNDARAIN

En opinión de los más expertos en esta cosa de escribir libros, el título es lo último en lo que hay que pensar. Es un error poner límites o coartar la libertad de movimientos desde el comienzo al acto más libre, a la libertad sublimada que es la creación de una *obra de arte*. Hay que ser paciente y dejarla nacer. Que sea entonces cuando nos hable, nos sugiera y regalarle a cambio el nombre más apropiado. Sin embargo, eso no ocurre casi nunca. Muchas parejas titulan a sus hijos antes de ponerse manos a la obra. Algunos, incluso antes de preguntarse “y... ¿vienes mucho por aquí?”. Es por eso que en el entorno de las letras, hay muchísimos más títulos que libros. En el mundo de la brocha no es tan importante el título porque una imagen vale más que las cuatro o cinco palabras que construyen una frase más o menos ingeniosa. Una ilustración se goza a primera vista, independientemente de que una lectura a fondo nos aporte un disfrute adicional.

A mí me gustan las imágenes con texto y los textos con imágenes, y como soy un impaciente terminal y un novato de nacimiento, además de un metiche, le comenté a Juan, recién embarcados en este

ILUSTRACIONES

proyecto, que me gustaba *El Manzano Promiscuo* como título póstumo. A él le pareció demasiado complicado. Una metáfora excesivamente alejada del meollo. Yo sigo pensando que es muy sugerente, aunque resulte inapropiado. La imagen de ese manzano insumiso, dado a la vida libertina, desarraigado y alejado del manzanal, coqueteando con ciruelos, perales, guayabos y cualquier ramal que se le cruce, es, cómo no, divertida. Semejante a la trayectoria de los personajes que pretendemos glosar. Unas vidas mucho más intensas, ricas y variadas que la de la mayoría de nosotros, que ejercemos de manzana de manzano de manzanal, por los siglos de los siglos, amén.

Luego pensé que cada uno debía ocuparse de sus cosas y dejé en paz a Juan con sus letras. Decidí aplicar el espíritu de la metáfora del manzano a las ilustraciones. Se trataba de crear universos utilizando imágenes que, aun perteneciendo al sujeto, no se encontrasen a primera mano. Estarían ocultas en las órbitas del subconsciente, tan alejadas del núcleo, que ni él mismo podría, quizás, identificarlas. Y... ¿cómo se come ésto? Pues con fe y mostaza. Había que meterse a fondo en el personaje. Como un verdadero Stanislavsky en trance y hacerlo hasta lo más profundo de sus sueños, sus delirios, sus alucinaciones, sus obsesiones... Una vez allí, robar las cuatro o cinco imágenes más valiosas y salir de nuevo con sigilo felino. Esta operación no ha resultado fácil, y tampoco lo ha sido el organizar gráficamente todo lo robado. Alguno pensará que esto es un camelo, y que me quiero quedar con el respetable. O que estoy más mojado que un bizcocho de novia colombiana, pero lo importante es el resultado. Creo que sí es posible, si se cuenta con un espíritu mínimamen-

te aventurero, dejarse deslizar por ese abismo poético que supone cada ilustración y atravesar tan ricamente unos vericuetos, quizás insólitos, hasta no sé qué lugar y encontrarse allí una salida.

La etiqueta *small* colgada del *18* luminoso sobre el horizonte de Urtain, la pillé en la órbita 6^a. Es una pieza que me encanta. Las *colas de merluza* que rematan los huecos entre los *Oteizas de espalda*, son una de mis piezas favoritas. Estaban en el nivel 14°, y aparecieron súbitamente al sonar la última de las catorce campanadas como sirenas olímpicas de cantos gregorianos. Todas las piezas tienen su valor especial. Unas por su condición de vestigio, por su resonancia. Aunque por habitar en las primeras periferias, me hayan costado más baratas en aventura. Otras, las más alejadas, son como piezas de arqueología. Atávicas, misteriosas y quizás impuras por culpa del decreto de Méndel. Puede que algunas sean estructurales, o traumáticas, o residuales, o reflejas... Me resisto a caer en el análisis y prefiero disfrutar de su perfume, de su simple roce. No me gustan los interrogatorios y los análisis excesivos, son como las autopsias. Y en las autopsias, se evaporan los espíritus.



MARTIN DE MOXICA

pág.

EL CONTADOR DE LA LOCA

22-33



JUANA DE ASBAJE

ROSA EN UNA RED

34-45



VICENTE MANTEROLA

AZOTE DE PETROLEROS

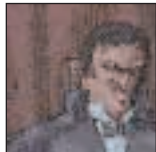
46-57



JUAN TELLERIA

QUEMADO POR EL SOL

58-69



EUGENIO DE AVIRANETA

ENDIABLADAMENTE ROMANTICO

70-81



FRANCISCO DE LAZCANO

ENANO DE PROFESION

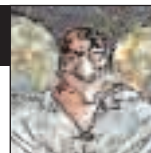
82-93

pág.

URTAIN

94-105

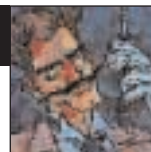
LA VIDA ES UN TONGO



EDMUNDO RAZQUIN

106-117

EL BELLO IMPERTINENTE



MARIA DE ZOZAYA

118-129

PARTERA DE LOS MONTES



LOPE DE AGUIRRE

130-141

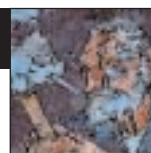
LA JORNADA ABSOLUTA



JORGE OTEIZA

142-153

HIGADO DE PROMETEO



TEODORO ERENCHUN

154-165

EL MUNDO POR MONTERA



CONTENIDO



MARTIN DE MOXICA

EL CONTADOR DE LA LOCA

“Juana mostraba en forma inequívoca todos los caracteres de la demencia precoz o esquizofrenia”: lo dice uno de sus mejores biógrafos. “Desde 1504, la princesa dio claras señas de enajenación mental”: se lee en las enciclopedias. El primer contemporáneo en afirmar, escribir y rubricar de su puño y letra que la Serenísima y Católica Archiduquesa era más apta para ceñirse la camisa de fuerza que la corona real fue un guipuzcoano de Villafranca: Don Martín de Moxica. Ello le costaría la carrera cortesana y, lo que es peor, un lugar sucio y oscuro en la crónica de España. Así de cruel es la historia y así de hipócritas sus protagonistas, pues sólo admiten la evidencia cuando el agua está pasada. Moxica contó los dineros de Doña Juana porque fue su tesorero. Y para entretenerse, contó en sus ratos libres las locuras de una Alteza que estaba de atar. ¿Cuál fue su delito?

Los Moxica o Muxica de Villafranca, a orillas del guipuzcoano río Oria, destacaban entre los más fieles y capaces vasallos al servicio de los Reyes Católicos. Don Miguel de Muxica pertrechó de su costa varios navíos con los que embarcó en 1480 a la conquista de Gran Canaria. Allí apresó al rebelde rey de Galdar y cuatro de sus ministros, se encargó de retirar una quinta parte del botín e hizo personal entrega de sus capturas a los reyes en Calatayud. Un hermano de Miguel, Juan Ceberio de Muxica, brilló también en la conquista de las islas afortunadas al mando de cinco bajeles que en 1469 acabaron con la resistencia del corsario Calafat, y fue nombrado concejal del primer Ayuntamiento de Gran Canaria.

El primogénito de Miguel, Garci Ibáñez, ingresó en el Consejo de los Reyes Católicos, lo que debe entenderse como una altísima distinción de reconocimiento a la fidelidad de sus mayores. El segundo hijo varón de Miguel de Muxica o Moxica era nuestro Martín. Una vez acabados sus estudios, Martín fue nombrado Comendador de Villamayor, en Castilla. Ejerció el cargo con prudencia y eficacia, por lo que muy pronto, por mediación de Garci Ibáñez, fue llamado a Valladolid para dirigir las economías de la reina Isabel.

Martín, amante de las lecturas, culto políglota y dúctil reflexionador, aprendió de su contacto diario con la Católica algo que le sería de mucha utilidad en sus futuras andanzas cortesanas: que por muy grande que sea una corona, no hace mejor la cabeza que abriga. Y si llegó a esta conclusión no fue porque la Reina anduviera falta de seseras –pues al contrario, poseía una inteligencia superior a la

mayoría de ministros y tonsurados—, sino en razón de su manifiesta avaricia frente a los problemas de aquellos días del Renacimiento, hartos más complejos y relativos de lo que ella se empeñaba en creer.

Muy distinta era la opinión que le merecía el rey aragonés Don Fernando. Años antes de que Maquiavelo escribiera su famoso elogio, Martín ya vislumbró en él a un “príncipe” ejemplar, conocedor del alma humana y genial conductor de las más extraordinarias intrigas. Cínico y audaz, combinaba la astucia de un César Borgia con la fortaleza de un Alejandro. Admiraba además en él, su torrencial sensualidad y su gusto por los variados placeres del siglo.

Pero si ambicionaba prosperar en la corte, Martín debía oír, ver y callar. Mudo, sordo y ciego permaneció durante años... Justo hasta conocer Flandes. Resultó que a Doña Juana, hija tercera de los soberanos, se la entregó en matrimonio a Felipe de Habsburgo, vástago del emperador Maximiliano. Dado que Martín dominaba lenguas y había dado ejemplo de eficacia en casa de la reina Isabel, ésta le encomendó la tesorería de la infanta. Y Moxica, asfixiado por el ambiente de Valladolid (donde los días transcurrían enlutados entre novenas, tedúms y rogativas), tuvo así oportunidad de salir al descubrimiento de las geografías que germinaban las más sanas filosofías en aquel final de siglo.

Es cosa comprensible. Acunado en las severas manos de una *etxekoandre* del Goyerri, educado entre frailes escolásticos y tras varios años de sumisa compostura a pies de la Católica, el hasta





entonces prudente, silencioso y dócil Martín se sintió al pisar suelo flamenco como un esclavo licenciado. No sólo porque se hallara a miles de kilómetros de su país, sino por la naturaleza singular de aquella tierra de promisión y de sus gentes. Todo era diferente allí: el paisaje, las costumbres y hasta la religión. Se daba enorme importancia a la etiqueta y al boato, a la frivolidad y al chisme, a la libertad en general y al comercio en particular. Era un suelo donde la humedad todo lo fecundaba, y ello imprimía carácter a sujetos y a objetos.

En el cabal disfrute de esta nueva realidad tuvo estimable influencia una dama designada por el señor Felipe como gobernanta personal de Juana, de nombre Madame de Halewin. La relación de la Halewin con Martín fue fogosa; más aún: volcánica y cruel. Las carnes prietas y rubicundas de la neerlandesa, su sonrisa franca y desenvuelta incrustada sobre unos labios anchos, traviosos, exuberantes... en fin, esas y otras virtudes extrañas en la mujer española hicieron que Martín, quizá por vez primera, perdiera su calculada frialdad.

Cambio de hábitos y de habitudes, de vicios y de virtudes... Y como quiera que pronto intimara con el cachondo Felipe, archiduque apodado *el Hermoso*, Martín hizo promesa de que en lo sucesivo serviría al señor de Borgoña de cuerpo entero. Su primera misión consistía en desembarazar a Juana de tanto escrúpulo, prejuicio y mojigatería española (cierto es que la joven castellana no se hizo rogar). A consecuencia de ésto, Martín atrajo la enemistad de los caballeros españoles, quienes le acusarían de llevar a Juana y a su



séquito por el camino del pecado, pues a instigación del guipuzcoano “más honra hacen por bien beber que por bien vivir”.

En esas estamos cuando los acontecimientos en España se precipitan. Por retruecanos del destino –casi siempre escritos según lo acontecido entre las sábanas reales–, Juana, infanta que debía cumplir un papel secundario, chica de escasas luces, nula ciencia y primitivas inclinaciones, se elevó a protagonista de la comedia. En 1500 da a luz su primer varón, el futuro Carlos V, y automáticamente el niño es investido heredero de un Imperio que para sí lo hubieran querido los romanos. Martín, en medio de este azar, no daba crédito a sus ojos. Estupor que se muda en pasmo cuando, para sellar el acuerdo entre las dos familias, se planea un viaje a España del matrimonio. De modo que no le queda otro remedio que desempolvar sus prendas negras, meterse al bolsillo su misal y recuperar el aire circunspecto a fin de no levantar nuevas sospechas. Aprovechando el paso por Guipúzcoa, el de Villafranca se detuvo en su casa natal y visitó a madre y hermanos. Estos le encontrarían cambiado, a no dudar, barruntando que los aires flamencos le habían perturbado. Ello puso en guardia a nuestro amigo, quien desde entonces y hasta que volvió a Bruselas actuó con diplomacia y exquisito tacto por temor a que la reina Isabel le destituyera y prohibiese el retorno.

Durante los siguientes meses, en el ajedrez político se lidió una emocionante partida con el futuro del Imperio en juego. Juana, enamorada “locamente” de su esposo, quedaba al margen o era incons-

cientemente utilizada. Sin embargo, cuando su esposo partió de súbito hacia Flandes y ella, atendiendo a su avanzado estado de preñez, tuvo que permanecer, la muy lerda empezó a convertirse en un grave problema. Pues la reina Isabel quiso organizar las cosas de manera tal que, si ella moría, Juana estuviera en España para hacerse cargo de la corona hasta la mayoría de edad de Carlos, asegurando así la unidad de la nación. Pero a Juana le importaba un comino la nación. Quería volver con su amado, volver cuanto antes. Encerrado junto a Sus Majestades en el castillo de Medina del Campo por espacio de un año, Martín asistió al patético espectáculo de madre e hija descosiéndose a dentelladas. Juana ensombreció. “Era boba y ahora se vuelve loca”, pensó Moxica.

Cuando Isabel, medio muerta, se dio por vencida, el enajenado séquito de Doña Juana partió para Bruselas. Alegre de regresar al fin a un país de cultura, ignoraba Martín que entonces se iniciaba su verdadero calvario. De entrada, Juana descubrió que su hermoso esposo tenía una amante, rubia para más bemoles, de cuya cama el borgoñón se negaba a salir. A la primera ocasión que se presenta, la muy agrede a la dama: corta su cabellera y para rematar la faena, con arte torero, clávala unas tijeras en pleno rostro. En respuesta, Felipe la muele a palos en presencia de Martín y toda la corte (que aplaude en silencio).

En llegando a España noticias del maltrato, Doña Isabel monta tanto (o tanto monta) en cólera que determina que Felipe no es merecedor de más concesiones. Amenaza con esquivar la línea





sucesoria privilegiando al niño Carlos, su nieto, lo que dejaría al yerno con un palmo en las narices. Felipe contrarresta con astucia: encarga a su buen amigo y fiel aliado Martín de Moxica la redacción de un detallado diario donde se describan los estrafalarios comportamientos de Doña Juana, para dejar constancia de que las desavenencias matrimoniales eran antes producto del delirio de la española que del desenfreno del flamenco.

Y así nace la negra leyenda urdida alrededor de nuestro paisano, acusado por los siglos de contar que *la Loca* estaba loca y, como no podía ser de otro modo, hacía locuras. El famoso diario de Martín relata episodios tan pintorescos como este: Doña Juana, atacada por los celos y sospechando que Felipe ha perdido interés por su cuerpo manchego, reúne a sus esclavas moras y las insta a poner en práctica encantamientos y mágicos saberes para rescatar el atractivo físico; a saber, filtros, baños, ungüentos, tintes, suaves tejidos, perfumes aromáticos, entre otras pamplinas importadas de los harenes otomanos. Doña Juana, en tiempos tan recatada y beatona, se entrega a estos juegos sarracenos hasta caer en el más atroz ridículo: al verla aparecer en los salones de palacio a mediodía o en los jardines al atardecer, pringosa de mantecas y afeites, ataviada como la momia incorrupta de la Magdalena y meneando las caderas con sensualidad de esquinera... los cortesanos no podían evitar mondarse a carcajadas.

Cuenta también Moxica en su relación que Felipe, abochornado, expulsa a patadas a las moras, encierra a Juana en la cámara



matrimonial y, luego de una buena tunda, la somete a una noche de amor con excitante algarabía. Y a la mañana siguiente, creyendo *la Loca* que el hechizo de las turcas surtiera efecto, recupera a sus esclavas y repite las largas sesiones de abracadabra y disfraz. Conclusión: Juana cae otra vez en estado de buena esperanza, mientras su esposo va perdiendo la paciencia.

Día tras otro los pleitos entre Juana y Felipe monopolizan la comidilla bruselense. Y Martín (en otros años mudo, sordo y ciego servidor de sus soberanos), consignando concienzudamente la crónica de sus batallas de alcoba. “Doña Juana está loca, y el señor Don Felipe cerca está de perder también la razón por su culpa”, viene a decir el goyerritarra.

Siendo ya explícito y grueso, *el Hermoso* hace copias del diario y lo difunde por las cortes europeas. Fue el “best seller” del año. Las carcajadas resonaron del Atlántico al Mediterráneo. Y, muerta de vergüenza, la reina Isabel muere. En su testamento reconoce, dando razón a Martín, que la princesa tal vez no estuviera preparada para gobernar Castilla. Fernando, de su lado, convoca a las cortes castellanas y lee el escrito de Martín para justificar la necesidad de hacerse cargo de la regencia ante la manifiesta discapacidad de Juana.

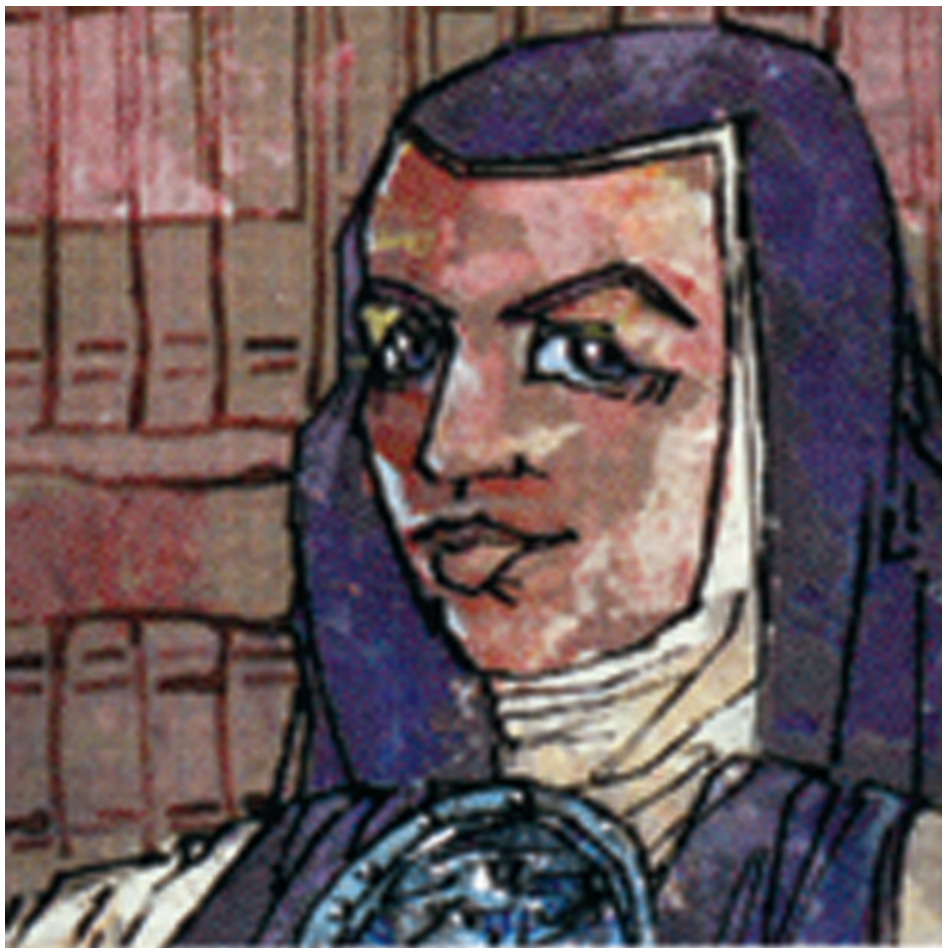
Pero había que matar al mensajero. Juana, sin desdecir ni una línea de lo escrito por Moxica, excusa que los celos la estaban destruyendo. Y descarga contra Martín, el consejero designado por su propia madre, el hombre en quien había depositado toda la confianza desde su llegada a Flandes, por difundir a sus espaldas “las

más odiosas infamias”. De inmediato ordenó a Moxica que despidiera a todos los cortesanos que nombró y que él mismo regresara a España. Moxica recurre a Felipe, y éste le contesta por escrito con ironía: “Pues sabéis que la preñez es a menudo ocasión de cóleras inmotivadas, como en vuestro caso ha ocurrido, ya que durante tantos años habéis servido bien a la reina; y como ni a ella ni a nosotros conviene que os alejéis de esta guisa, os ordenamos que no efectuéis cambio alguno”.

Pero a principios de 1506, para convencer a Juana de emprender viaje a España, tuvo que nombrar Felipe a otro caballero en sustitución del guipuzcoano. Moxica fue destinado a Fuenterrabía con el cargo de alcalde y capitán de la milicia, teniendo a su hermano Lope García de Moxica de teniente. Doña Juana no quiso despedirse de él. Pero sí Felipe. Prometieron volverse a encontrar en España, ocasión que nunca llegaría: Felipe murió en Burgos, probablemente envenenado, pocos meses después.

Un fabulador dijo que Martín se ahorcó de un árbol al conocer la noticia del fallecimiento de su antiguo señor y amigo, pero suena a novelaría. Demostrado en cambio está, y de sobra, que fue llamado traidor y maltratado por la historia. En especial después de que los Comuneros, románticos fracasados, ensayaran una revuelta bajo el pendón de Doña Juana, a quien aureolaron como víctima de la tiranía flamenca. En Fuenterrabía, Martín recibió noticia de la rebelión. “Enorme majadería”, se dijo. Pero calló. Hasta el fin de sus días. Mudo, sordo y ciego.





JUANA DE ASBAJE

ROSA EN UNA RED

En el año que concluye, 1995, se han cumplido trescientos de la desaparición de Juana de Asbaje, mexicana de origen guipuzcoano universalmente conocida como sor Juana Inés de la Cruz. Hemos pasado por este aniversario casi de puntillas, cuando la ocasión se prometía propicia para avivar la memoria de una mujer como ha habido pocas. ¿Será que Juana sigue levantando ampollas con sus fundamentadas dudas y sus directas denuncias? No nos sorprenda, puesto que la vergaresa de México pone el dedo donde más nos duele, individual y socialmente. Vida y obra que aleccionan contra la vanidad del intelecto, y evidencia descarnada de la complejidad de ese sujeto histórico que llamamos mujer (cuya incomprensión, por cierto, supone un “problema masculino” y no a la inversa). Juana es una de las joyas mayores de la corona guipuzcoana; pero también una monja semiolvidada en el país de las vocaciones.

Tuve que cruzar el océano para conocer a Juana. Cumpí los veinte años sin haber oído hablar de ella. Estudiando Arte Dramático en la Universidad Nacional Autónoma de México, una compañera, como ejercicio de curso, preparó un bello monólogo sobre la monja escritora. Entonces descubrí, perplejo, a una impresionante poetisa de origen guipuzcoano, que además dominaba nuestra vieja lengua porque su padre, el vergarés Pedro de Asbaje y Vargas, le inició en sus rudimentos. Huelga decir que mis *cuates* mexicanos juzgaron casi insultante que un vasco que se las daba de “leído” desconociera a la gran sor Juana Inés de la Cruz. Razón no les faltaba... pero a cada uno sus lagunas.

La representación teatral era realmente estremecedora. Se componía de textos escogidos, y bien escogidos, entre la abundante prosa y lírica de sor Juana Inés. La actriz –excelente intérprete de una mujer a la que sentía próxima, pese a los tres siglos que las separaban–, desarrollaba su propuesta bajo una tupida red que iba progresivamente atrapándola hasta la completa asfixia. Evidentemente, la red simbolizaba las mordazas de toda especie que intentaron acallar a Juana y que, en verdad, la destruyeron. La función finalizaba con un soneto inolvidable, quizá uno de los más hermosos de su producción:

“Rosa divina que en gentil cultura
eres, con tu fragante sutileza,
magisterio purpúreo en la belleza,
enseñanza nevada a la hermosura.

Amago de la humanidad arquitectura,
ejemplo de la vana gentileza,
en cuyo ser unió naturaleza
la cuna alegre y triste sepultura.

¡Cuán altiva en tu pompa, presumida,
soberbia, el riesgo de morir desdeñas,
y luego desmayada y encogida

de tu caduco ser das mustias señas,
con que con docta muerte y necia vida
viviendo engañas y muriendo enseñas!”.

Me impresionó aquel espectáculo, pero sobre todo me incitó a sumergirme en la biografía y en la obra de sor Juana. Lo hice con vehemencia durante varios meses, hasta que intereses y necesidades distintas entretuvieron mi atención.

Nada nuevo aporto diciendo que en México se tiene a Juana por expresión cumbre del pensamiento y de la lírica nacional. Cualquiera que conozca aquel país habrá comprobado que en las capas cultivadas se le cita con asiduidad, mientras que entre los activistas contra la degradación femenina en la estructura social mexicana –sin duda una de las más misóginas de Occidente–, es bandera de un combate inacabado.





Han pasado trece años desde mi primer acercamiento a la Asbaje. Y, por segunda vez, ha hecho falta que alguien me hablara de ella para que reparase en la oportunidad de traerla a esta pequeña colección de semblanzas. No quiero pasar por alto mi agradecimiento por la sugerencia a Idoia Estornés, tal vez la mayor conocedora y divulgadora en tierra vasca de nuestra más importante poetisa de todos los tiempos, la que un día nos cegó con sus versos y con su entereza intelectual, y a quien podemos volver en la seguridad de que siempre nos llenará con la misma intensidad.

Nuestra poetisa, digo bien, pues aunque fuera mexicana y jamás conociera el país de sus orígenes, por sus venas corría un espeso pálpito de mujer vasca que empapa toda su obra. Vasca era su fortaleza, capaz de resistir las embestidas de un entorno hostil contra su vocación estudiosa y creadora. Vasca en ese peculiar misticismo que jamás pierde ancla de la realidad palpable. Vasca en su humor a la par vitalista y algo sombrío. Vasca, en fin, por su testarudez, inconformismo y venial soberbia.

De sus progenitores tomará Juana un modelo de independencia, pero asimismo heredará especial fobia por las relaciones amorosas y escasa consideración por la institución familiar. Porque familia, en el sentido más conservador y clásico del término, no tuvo. Era una de las tres hijas ilegítimas del citado Pedro de Asbaje y la criolla Isabel Ramírez (descendiente, se dice, de la primera esposa de Hernán Cortés), y aun hermanastra de otros tres vástagos nacidos de



una posterior convivencia de su madre. Mucho se ha especulado sobre la influencia de esta incómoda procedencia –que ella escondió deliberadamente– en la personalidad de Juana. Sea como fuere, parece sólido motivo para explicar por qué en el juicio sobre sus semejantes se inclinara antes hacia la comprensión que hacia la inquisición.

Prematuramente manifiesta una bulimia de conocimientos (eso que en el lenguaje psicológico moderno se define como “complejo de Prometeo”), que constituirá uno de los principales motores de su acción y de su pasión. Pese a los inconvenientes –bien mayores que las ventajas que a corto plazo le acarreó esa incontrolable esponjosidad–, Juana Inés exteriorizaba sin remilgos una frenética codicia por desnudar los secretos de la Creación. Confiesa en sus escritos que su diálogo con los libros le llena de tal modo que termina deslizándose por la pendiente de la soledad egoísta. Reconvenida a integrarse en la vida cotidiana de la comunidad monástica, le obligan por cierto tiempo a abandonar las lecturas, pero la naturaleza misma se le revela como un libro inmenso, henchido de apasionantes misterios y de fructíferas enseñanzas. Y vuelve Juana a sumirse en la introspección.

Espíritu barroco hasta las esencias, la percepción de su propia individualidad pensante adquiere tintes de verdadero tormento: una trampa de la que no consigue escapar. Y como un Quevedo o un Pascal, también Juana canta a la *divina ignorancia* en un romance que, expresivamente, comienza:

“Aprendamos a ignorar,
Pensamiento, pues hallamos
que cuanto añado al discurso
tanto le usurpo a los años”.

En sus composiciones se desgarró la Razón de una mujer que, con razones, reivindicó un espacio de dignidad para su género; desgarró ante la futilidad de toda experiencia que no tenga que ver con lo absoluto:

“Para todo se halla prueba
y razón en qué fundarlo,
y no hay razón para nada,
de haber razón para tanto”.

Y termina buscando amparo –solución típicamente barroca– en un estoicismo doliente que pone en crisis tanto anhelo de aprehender aquello que basta simplemente con sentirse:

“Finjamos que soy feliz,
triste Pensamiento, un rato;
quizá podréis persuadirme,
aunque yo sé lo contrario”.





Sor Juana se hizo monja para conquistar desde la clausura una aristocrática independencia que la condición de esposa y madre le habría negado (en aquellos días se ignoraban terceras vías). No obstante, eran tiempos en que una mujer, ni aun de votos, podía permitirse veleidades tales como escribir lírica profana o discutir las interpretaciones dogmáticas de un santo varón. Ella hizo lo uno y lo otro, y pagó cara la osadía. Intentaron silenciar su pluma fértil de poemas, contra lo que alegó (mentira piadosa) “la natural repugnancia que siempre he tenido a hacerlos”.

Pero el asesinato intelectual de Juana Inés llegó –no sin que antes brindara, a Dios gracias, su mayor aportación a la historia en forma de airada defensa de la integridad femenina– cuando enfrentó su punto de vista al de un afamado predicador... afamado y además jesuita. De ahí nace la conocida polémica con su propio confesor, servida a través de un estremecedor cruce de cartas con las que Juana irrumpe como una “sufragista religiosa” en pleno siglo XVII. Pues fue ella la primera en exigir derechos para la mujer dentro de las instituciones cristianas y, por ende, un lugar digno en la sociedad entera. La primera feminista de la edad moderna, podemos definirla.

Desparpajo y sana sinceridad no le faltan para interrogar en voz alta sobre la idea de la mujer que, en oscuros cónclaves, rumiaban los eclesiásticos varones; preguntas cuyo simple enunciado suponía una provocación: “¿No tiene alma racional como los hombres? Pues ¿por qué no gozará el privilegio de la ilustración de las letras



con ellos? ¿No es capaz de tanta gracia y gloria de Dios como la suya? Pues ¿por qué no será capaz de tantas noticias y ciencias, que es menos? ¿Qué revelación divina, qué determinación de la Iglesia, qué dictamen de la razón hizo para nosotras tan severa ley? ¿Las letras estorban, sino que antes ayudan, a la salvación?”.

Añadamos algunas preguntas más: ¿se puede negar actualidad –incluso candente– a las dudas de Juana? ¿No sigue siendo la mujer una entidad de segundo orden en el seno de la comunidad cristiana? ¿Hasta cuándo podrá seguir esgrimiéndose sin bochorno el manoseado argumento de que “Cristo no tuvo discípulas”?

Por fin, Juana Inés terminó sucumbiendo a las presiones. Era todavía una mujer joven, vigorosa, tenía 43 años y un largo camino por delante del que hubieran florecido rosas hermosísimas. Pero ni su sangre vasca o su fogosidad mexicana sirvieron para derribar el muro de intransigencia que se levantó frente a ella. Abandonó toda actividad especulativa: vendió su biblioteca, los instrumentos musicales y hasta el último rasgo de profana curiosidad que le habían acompañado durante veinticinco años en el monasterio de San Jerónimo: “No dejó en su celda más que solo tres libritos de devoción y muchos cilicios y disciplinas”, dice su biógrafo.

Todo era en balde. Sólo la *santa ignorancia* podría “dar sentido” al resto de sus días. O por lo menos, ayudarle a vivir en sosiego. Se dedicó a los pobres, pero poco después, fracasada, buscó la muerte con indisimulado ahínco. Ésta llegó de la mano de la peste.

Acabó joven, porque es la plenitud el estado de gracia para abandonar la vida. Como las rosas:

“Miró Celia una rosa que en el prado
ostentaba feliz la pompa vana,
y con afeites de carmín y grana
bañaba alegre el rostro delicado;

y dijo: Goza sin temor del hado
el curso breve de tu edad lozana,
pues no podrá la muerte de mañana
quitarte lo que hubieres hoy gozado.

Y aunque llega la muerte presurosa
y tu fragante vida se te aleja,
no sientas el morir tan bella y moza:

mira que la experiencia te aconseja
que es fortuna morirte siendo hermosa
y no ver el ultraje de ser vieja”.

Fascinante e incomprendida sor Juana Inés de la Cruz. ¿A qué esperamos para hacerla nuestra? ¿Para cantar con ella las eternas dudas y condenar con ella las caducas injusticias?





VICENTE MANTEROLA

AZOTE DE PETROLEROS

Un día cualquiera amaneció insultantemente capiro-tado. Una papelera con la inscripción “Ayuntamiento de San Sebastián” por sombrero. Tardaron tiempo en retirarla. Primero la papelera; más tarde, excusando la reforma de los jardines del Buen Pastor, la estatua entera. Así se perdió la última memoria de Vicente Manterola en la ciudad que le vio nacer. Lo anticiparía él mismo en vida, mirando al *Txoko* desde lo alto: “¡No saben lo que les quiero!”. Aquella enorme figura blanca de sacerdote sedente, bufamente tocada, fue el postrer homenaje de los donostiarros a este carlista peculiar. Como tantos otros de sus paisanos de todos los tiempos, Manterola combinaba una reflexión despejada con el mayor despropósito en la práctica. Fue un bendito que acabó maldito. Ni siquiera una calle merece su nombre. Un olvidado que anticipó los males del nuevo siglo.

“El pez empieza a podrirse por la cabeza”, le gustaba recordar a un auditorio siempre nutrido y sensible a sus incendiarias proclamas. Haciendo honor a la máxima, Manterola, como pez en el agua, vio su mundo podrirse lentamente manteniendo la mollera incorrupta. (¿Sabría ésto el ganso que plantó un cesto metálico sobre su efigie?).

La probidad intelectual de Vicente Manterola queda fuera de toda discusión. Y eso que sus mentes bullían como olla a presión con ideas filosóficas, políticas, teológicas, económicas, lingüísticas, sociológicas... Manterola es la antítesis de los curas trabucaires del carlismo, aunque compartieran la misma trinchera. Al fanatismo y zafiedad de aquéllos, Manterola opuso demagogia y buenos modales. Tanto es así que, ante la sublevación del cura de Santa Cruz contra sus mandos, ofreció una opinión como siempre franca y contundente: no hay riesgo de que “el pez empiece a podrirse por la cabeza” cuando, como en el caso del abate de Hernialde, ésta no contiene nada.

Por eso resultaba un personaje hartó más peligroso. La historia de los vencedores se encargó de borrar su nombre. Y cuando los *alzados* de 1936 quisieron rehabilitarlo, flaco favor le hicieron.

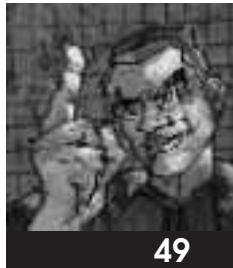
Antes de saltar a la tribuna política, Manterola conquistó fama de excepcional orador en los púlpitos de San Vicente y Santa María de San Sebastián, y luego en la catedral de Vitoria. Cuentan que ya entonces, con veinte y pocos años, atraía a muchos fieles por

sus cualidades oratorias. Dotado de colosal energía, haría también gala de hiperactividad –una constante en su vida– atendiendo por sí solo a los sermones de las parroquias en sesión continua, dando clases de latín y humanidades, y allanando uno a uno los peldaños de su ministerio. Y, por supuesto, escribiendo los primeros folletos en apasionada defensa de la cléricatura.

El renombre nacional le llega en 1869, cuando obtiene el acta de Diputado por Guipúzcoa en las Cortes Constituyentes que se convocaron tras la *Gloriosa* revolución del año anterior y la consecuente salida de Isabel II del país. Enseguida Manterola se convierte en primer portavoz del ala tradicionalista, defensora de la unidad religiosa. Lo que dice mucho en su favor, habida cuenta de que en los escaños contiguos asentaban eminentísimas posaderas de purpurados y mitrados. Como explicó un cronista de la época: “Si los obispados se dieran al saber, Manterola sería obispo”.

Por su *piquito de oro* cosecharía encendidos elogios de la prensa amiga y enemiga. Blasco Ibáñez lo definió como “uno de los grandes oradores que aquella revolución sacó de la oscuridad”, y algún reaccionario exaltado se pasó al decir que era “más profundo que Santo Tomás, más sabio que San Agustín y más elocuente que Bossuet”.

A Manterola se le recuerda (quien le recuerde, o sea casi nadie) por sus intervenciones durante el gran debate sobre el artículo constitucional relativo al papel de la religión en el Estado.





Entonces como ahora, todos los partidos se proclamaban ardientes defensores de la libertad: Emilio Castelar y sus amigos, de la libertad de cultos; Manterola y los suyos, de la “libertad de la Iglesia”. Progresistas y demócratas querían hacer de España un estado “moderno”, a semejanza de las naciones más avanzadas de Europa (véase que la retórica europeísta es muy anterior al Tratado de Maastricht), mientras la facción conservadora sostenía que la “España eterna” debía proseguir por el camino de la fe, la confesionalidad acérrima y la dictadura política. Los primeros acusaban a los segundos de “retrógrados y garbanceros”; los segundos a los primeros de “petroleros”, es decir, anarquistas y apóstoles del caos.

Manterola tenía fe en sus ideas y verbosidad abundante. En el famoso debate que le enfrentó a Castelar abrió fuego con una confesión *luminosa*: “Yo, señores Diputados, vengo a decir la verdad, toda la verdad”. (Por si alguien todavía dudaba de que Dios es a la verdad, lo que el sol a los vivientes...). Pero no nos equivoquemos: a lo largo de su carrera nuestro paisano mostró florentina fineza y sutil sofistería, sospechosamente aprendidas en lecturas “prohibidas”. Pues fácil es suponer que él, censor oficial de libros en sus tiempos de canónigo en Vitoria (sacando de circulación “perversiones” tales como *Los miserables* de Hugo o *El judío errante* de Eugène Sue), no se limitó a la degustación de las edificantes y soporíferas obras de los condes de Maistre y Chateaubriand, que con tanto ardor recomendaba a los jóvenes estudiantes.



Sólo así se entiende que, enfrentado a una cámara trufada de violentos anticlericales, espetara sin sonrojo: “Os considero a todos tan católicos como yo, animados de tan buenos sentimientos como yo, con más luces, con más autoridad que yo”. Mentiras necesarias para ablandar al auditorio antes de su tremebunda soflama. Pero acto seguido, el portavoz de la verdad puntualiza: “Tan católicos como yo, no pueden serlo más, porque más que yo no lo es el Papa”.

Y con este requiebro digno de seminarista pamplonica, abre la faena que le llevará a ocupar un lugar en la historia parlamentaria del reino. Durante largas horas de una tarde de abril de 1869, Manterola desarrolla una amplia y aguda disertación dentro de los cánones clásicos. Primero esgrime, con la convicción de un jefe de gobierno en apuros, las conquistas de mil años de poder clerical en España; hecho esto, se apresta a socavar los principios ideológicos de la mayoría, adicta a un capitalismo rampante de botijeros, conversos y masones.

Había mucho aristotelismo en la dialéctica manteroliana, rara vez le sorprenderemos en inconsistencias lógicas. Pero aún más admirable en el abate de la Parte Vieja es la lucidez con que anticipa los males que veía ya gravitar sobre el nuevo orden (¿aprovecharía la secreta penumbra del confesionario para leer también a Marx? No nos extrañaría). En abierta provocación a los bienpensantes propietarios, se suelta con perlas de este tenor:

“Cuando Proudhon escribió la gran blasfemia del siglo, *Dios es el mal*, los pacíficos conservadores de lo suyo se limitaron a decir:

Ese hombre está loco. Pero cuando, consecuente en su locura, dijo: La propiedad es un robo, aquellos hombres tan moderados, y hasta entonces al parecer impasibles, perdieron el color y temblaron de rabia, exclamando: ¡Ese hombre es un malvado! Y sin embargo, en la satánica hipótesis de que Dios sea el mal, es evidente que la propiedad es un robo, si robo puede haber allí donde la propiedad no existe”.

Todavía llega más lejos. Atentos a la jugada: “El pobre, de cuyo corazón habéis arrancado la fe y la esperanza, ¿tiene obligación de sostener eso que llamáis *orden social*, y que para él no es más que un desorden injustísimamente ordenado? ¿Por qué ha de obedecer unas leyes hechas por los privilegiados de la fortuna? ¿Por qué ha de tener interés por el bien de una sociedad sin entrañas, que le aplasta como a un gusano y le niega lo más necesario a la vida? ¿Qué principios pensáis invocar para sellar los labios del pobre cuando, maldiciendo de la Providencia y de la sociedad y de los hombres y de sí mismo, exclame: ‘¡No, de nadie en particular es la tierra, porque la tierra es de todos y de todos son los frutos que la tierra produce!’?”.

En efecto, un orden de explotación donde la idea de Dios permanece ausente y la jerarquía eclesial marginada, está condenado al caos, al *petróleo*. Atinada premonición de Casandra guipuzcoano sobre el calvario que aguardaba al capitalismo a la vuelta de la esquina. Pero la cosa tenía remedio, un Único Remedio: “La cátedra católica, en sublime enseñanza, dice al pobre: ‘Ese aparente desorden que observas en la sociedad humana está perfectamente justifi-





cado por un orden anterior y ulterior. Recuerda que vienes de un padre culpable en el Paraíso, y vas a un Padre misericordioso y justo, y reparador en el cielo de tus trabajos sobre la tierra. Lo que padeces es expiación respecto al pasado, es prueba con relación al porvenir”. Y además... los ricos también lloran –podría haber añadido.

Visto lo visto, se nos ocurre que Manterola, de tocarle vivir medio siglo después en la Rusia zarista, hubiera sido un Pope a la altura de las circunstancias. Ahora que, no es menos cierto, si en el mismo contexto abrazase la causa bolchevique, hubiera hecho sombra a toda la banda de Lenin, Trotsky y compañía. Manterola era un todoterreno. Lo mismo valía para un roto que para un descosido. Tan grande era su convicción en la Providencial misión a que estaba llamado.

Al promulgarse la Constitución “petrolera” y nombrarse a Amadeo de Saboya Rey de España, Manterola se echa al monte. Une sus fuerzas a la conspiración carlista y cambia el birrete por la *txapela* roja, la cruz por la escopeta, el misal por la perdigonera. España sólo se salvaría si se salva la religión, mirífica misión que el pueblo vascongado estaba destinado a abanderar bajo la dirección de Don Carlos VII de Borbón y Austria de Este. La tierra vasca era, a ojos de Manterola, la reserva moral que el cielo había dispuesto para la redención de la humanidad. Y su lengua, estrictamente divina:



“No creo ser exagerado cuando aseguro que allí donde se hable el vascuence, es imposible la idea panteísta que, en su horrible desnudez, es la resurrección de la idea pagana... Una lengua en que la blasfemia es imposible, una lengua que jamás se ha visto salpicada por la inmunda baba de Satanás. No, jamás se ha blasfemado en vascuence. La blasfemia es antiforal, porque es antirracional y anticristiana”. Y entre las provincias vascas, Don Vicente define Guipúzcoa como la más excelsa y noble, pues “a ninguna de sus hermanas cede en decisión y bravura, amor a la Religión y a los Fueros”.

En los días de la reacción carlista, Manterola se convierte en teórico del levantamiento en masa, pergeñando estrategias que dejan estupefacto al aspirante. Por ejemplo, propone a Don Carlos un alzamiento general para el 31 de marzo, “fin del mes de San José y día de la Virgen de los Dolores”, augurando que “si todos los carlistas comulgan, puede ser terrible”.

Cuando los carlistas ocupan Guipúzcoa, el donostiarra persuade a sus camaradas para que la educación sea uno de los ejes principales del programa de gobierno. Pone en marcha la Universidad de Oñate y reanima el antaño “herético” seminario vergarés. A la par, es designado embajador del rey faccioso ante el Vaticano y las sedes pontificias más reaccionarias. En esta labor se dará de bruces Manterola contra la hipocresía clerical y los manejos de la curia. Poco o nada obtiene de sus gestiones por media Europa, y Don Carlos pierde la confianza en él, criticándole en público y en privado.

Su cabeza –la que nunca se podría– es puesta en precio por los *petroleros*. A su vez los carlistas, divididos y fatigados, comienzan a replegarse. En 1875, Vicente Manterola huye a Francia y a Roma para beber a solas la cicuta de la derrota. Ya no volverá a ser el mismo. Desencantado pero fiel a sí mismo, retornará tiempo después merced a una amnistía del rey Alfonso. Su fama está lejos de evaporarse. Al acceder a la parroquia de Málaga se produce casi un motín popular contra su nombramiento. Vaga por sacristías de Madrid, Sevilla y por fin Toledo, donde, atemperando sus fogosas homilías pero sin perder un ápice de elocuencia, recupera el fervor de los fieles. Se relata que en aquellos años estaba obligado, a petición de los parroquianos, a dar hasta cuatro sermones diarios en la catedral, siempre atiborrada de oyentes.

Aun viejo y hastiado de fracasados combates, el cura Manterola mantuvo intacta su fe en la religión y en la *vía vasca hacia la Salvación*, en el liderazgo de la Iglesia y en el triunfo final de Cristo. La cabeza fría, el corazón caliente. Fue, como tantos otros de sus paisanos de ayer y de hoy, un hombre lúcido y consecuente con sus ideas, pero un activista de la peor estofa. Un tipo para recordar a quien ya se ha olvidado.





JUAN TELLERIA

QUEMADO POR EL SOL

Por su obra le conoceréis, sólo por una, anecdótica y menor, beligerante y compulsiva. *Pars pro toto*, decían los latinos: la parte por el todo. De su trayectoria, enhebrada de penurias y refocilos de la vida bohemia, o de su prolífico cabotaje por iglesias, teatros, cafetines, cabarés, entre Zegama y Madrid pasando por San Sebastián, París, Alemania... queda un gesto y nada más. El resto no interesa. Derribaron el monumento en su villa madre, se hizo escarnio de su recuerdo. Y salvo que alguien lo remedie, pasarán generaciones hasta que el artista ocupe el lugar al que su Obra le hizo acreedor en la menos ideológica de las artes. Al final, me quedo con la definición que me participa el musicólogo Ansorena: “Para los menos, Juanito Tellería será siempre un buen compositor que pudo ser grande; para los más, el triste autor del *Cara al Sol*”.

En un país como el nuestro, tan dado a conmemorar efemérides de cualquier naturaleza, el centenario del nacimiento de Juan Tellería Arrizabalaga (el 12 de junio de 1895) ha pasado inadvertido fuera de los círculos especializados. Ello nos lleva a lamentar que, no habiendo sitio en nuestra memoria histórica para el compositor del himno falangista, cerramos el paso también –insensiblemente– al autor de obras sinfónicas notables, de varias zarzuelas atípicas y de cientos de melodías con sabor popular que alegraron la vida de nuestros padres y abuelos. Pero, sobre todo, a juicio de quien escribe, ahogamos la evocación de una personalidad francamente interesante, compendio de una generación entera de hombres y mujeres marcada por lo nefasto.

En el caserío natal de los Tellería, allá en Zegama, sagrada como el pan era la música de cada día. Padre y tío, Balbino y Baldomero Tellería, provenían de una familia de honda raigambre tradicionalista (¡que no carlista!) y acusada religiosidad. Músico del pueblo el primero y canónigo organista de la parroquia el segundo, parecía escrito que alguno de los cinco hermanos y dos sobrinos que Balbino crió tendría que hacer carrera musical, y otro, a ser posible, clerical.

Cumpliendo siete años el futuro compositor, la prole quedó huérfana y hubo que distribuirla como se pudo. El tío Baldomero se llevó a Juan, probablemente porque apreciara ya en él ciertas dotes musicales. Y, en efecto, el despabilado pero algo chorlito chavalín, en un suspiro hizo del órgano su juguete predilecto. No sólo aprendió

a tocar bien, sino que desarrolló especial técnica para poder ensayar en soledad: cuando el instrumento perdía el aire, bajaba de la banqueta a toda velocidad, le daba al fuelle y trepaba otra vez al teclado. Ejercicio meritorio, pese a que sus fugas bachianas sonaran un tanto sincopadas.

Quien años más tarde fuera motejado como “Juanito el inesperado” por sus frecuentes salidas, manifestó desde la tierna infancia una maliciosa inclinación al regodeo, y hasta un punto de precoz mordacidad contra su severo preceptor. Pues niño era todavía cuando, en pleno ofertorio de una misa mayor oficiada por Don Baldomero, le dio por interpretar *La Marsellesa*, provocando un sonoro escándalo en el pueblo. No parece que la tunda de palos que recibió sirviera para disciplinarle, a tenor de lo que sigue...

Ya mozalbete, gana una beca de la Diputación guipuzcoana y marcha a la capital. Como las 300 pesetas anuales no le bastan para cubrir todas las necesidades, negocia una bendita limosna con los jesuitas de la calle Garibay a cambio de tocar en la misa dominical de once (que gracias a él se convierte en predilecta de la feligresía), y se gana algunas propinillas profanas animando al piano bailes y proyecciones cinematográficas.

Cuando el Conservatorio donostiarra se le queda pequeño, Juanito ha acumulado suficiente experiencia vital y talento musical para aventurarse en la gran ciudad. A los dos años de estancia en Madrid da a luz su primera obra madura: el poema sinfónico *La*





dama de Aitzgorri, que se estrena con extraordinario éxito en noviembre de 1917. La crítica califica de “sueño de un artista joven” esta vigorosa y sincera composición que toma como punto de partida las leyendas y el folklore vasco, en el escenario de la gran montaña que domina el paisaje de Zegama. Tras los ecos de su triunfo cortesano, Guipúzcoa se rinde prematuramente ante “el sucesor de Usandizaga”.

Pero al contacto con el gran mundo, el carácter de Juanito empezó a perfilarse desdeñoso, pesimista e inconstante. Genio le sobra para sublimar su desesperación en un *Poema Pasional* presentado con júbilo ante un grupo de amigos donostiarras; arde en creatividad trabajando durante un bienio en la composición de una misa para las bodas de oro de su tío cura –misa que sus maestros prometían soberbia–... pero por incuria extravía los originales de ambas creaciones antes de su estreno, y nunca más vuelve a saberse de ellos. Extremoso, talentado, desmañado, por la tarde escribe un lied sobrecogedor como su *Aizean barnan*, y por la noche compone mambos, chotis y pasodobles.

En 1919 se desplaza a París. Atendiendo un poco a las acuciantes necesidades diarias y otro tanto a su naturaleza refractaria a las aulas, se distrae todo lo que puede del Conservatorio para derivar sus esfuerzos hacia el sugerente mundo del espectáculo. Se contrata como pianista en la cadena de cinematógrafos *Gaumont*, y esa paga regular le abre las puertas de la bohemia parisina. Poco a poco, el sobrino del cura Baldomero que llegó a Donostia sin hablar apenas



castellano, va dejando paso al señorito políglota y un algo petimetre que muy pronto sorprenderá a sus paisanos de Zegama. Todavía escapa una temporada a Alemania para doctorarse en mundología antes de regresar a Madrid en plena dictadura primorriverista.

Para entonces su carrera está decididamente orientada, “perdida” según los entendidos. El prometedor autor de *La dama de Aitzgorri*, coherente con sus desengaños y fiel a su talante de gran discolo, comunica a los antiguos maestros su indisposición a sacrificar el resto de la juventud en las salas de ensayo. Desde ahora los garitos nocturnos, al calor del alcohol y el humo de los cigarrillos, serán odeones y óperas para su arte –un arte menor para un auditorio insignificante, desde luego, pero en el que se sentía como pez en el agua.

Así, malcobrando y malviviendo en soberana libertad, fue Juanito surcando fama de pianista funambulesco y de prodigioso improvisador en los tugurios matritenses. Abominaba escribir partituras, motivo de que sólo se inclinara ante la pauta cuando algún tango, foxtrot o pasodoble improvisado despertaba particular entusiasmo. Luego empezaron a venderse sus canciones, y tuvo que vencer la galbana para registrarlas a fin de cobrar los derechos.

En 1927, una tanguista llegada de Argentina, Celia Gámez, le encarga la musicalización de una revista entorno a la reciente incorporación de vasco, gallego y catalán a la Academia de la Lengua. Con *El cabaret de la Academia*, Tellería irrumpe en el teatro musical, género que al cabo mayor renombre le proporcionaría.

Tres años después le ofrecen un libreto espantoso para una zarzuelilla ambientada en la Rusia zarista. “Hay que comer”, se dice Juanito, y apurado de dineros pergeña en pocos días la mayoría de los números. En cuanto tiene los monises en el bolsillo desaparece, faltándole por componer uno de los cuadros principales sin el cual no puede alzarse el telón. A dos días vista del estreno, los productores todavía rastrean sus pasos por todo Madrid, hasta que por fin lo encuentran y conducen en volandas al teatro. Juanito, cachazas como él solo, levanta una mano y suelta: “Que nadie se preocupe, esto lo termino yo de un periquete”. Pide un lápiz, lo moja en la lengua parsimoniosamente y escribe sobre el yeso de la pared una pieza coral, que inmediatamente se canta y coreografía para su representación. “¿Y para eso tanto drama?” –remata con un deje de chulería.

Superiores halagos recibió *El joven piloto*, una pieza semi-zarzuelera y semioperística que en 1934 le consagra como gran renovador del musical español. Según la pequeña historia, Luis de Urquijo y Jacinto Miquelarena, autores del libreto, decidieron que la música debía firmarla un vasco como ellos. Y no había otro más capaz que Tellería. Pero de sobra sabían que el de Zegama aplicaba con disciplina monacal el principio de “no hacer hoy lo que puedas hacer mañana”. De tal suerte que, una vez comprometido, se lo llevaron engañado a la finca de los Urquijo en Llodio, encerraron a Juanito en una habitación perfectamente equipada y le advirtieron: “De ahí no sales hasta que eches por debajo de la puerta todos los números”.





La cosa iba en serio. Durante varias semanas no tuvo otra compañía que la criada y el ama de llaves. Del sufrido encierro nacieron esos “cuadros sentimentales de la vida en el mar y en los puertos”, una muy peculiar pieza realista con sazón mitológica situada en un puerto vasco y una taberna habanera. Como postre, Juanito anunció que se casaba con su “ángel guardiana”: la vizcaína María de Arregui, ama de llaves de los Urquijo.

Consagrado gracias a *El joven piloto* entre el público burgués, conquista de seguido al Madrid castizo con una canción, *Venta de Vargas*, que fue y sigue siendo una de las melodías emblemáticas de la España de la República. Pero quienes le frecuentaron dirán que, ni con fama, dinero y rodeado de admiradores, perdió Juanito el “aspecto de niño grande” o la proverbial insolencia con que, por ejemplo, invitado por la Marquesa de Urquijo a degustar un plato de salmón, le felicitaba porque “el bacalao está estupendo”.

Su amistad con escritores vascos como Miquelarena o Mourlane Michelena le aproxima a los círculos falangistas de la capital. Un día, José Antonio le pide que escriba “una canción de amor y de guerra” para el movimiento, y sin pensárselo dos veces el guipuzcoano la ejecuta durante uno de sus habituales viajes a Zegama. Cuando la termina, sube al órgano de la parroquia (el mismo donde su tío Baldomero le enseñó a tocar) para poner a prueba la nueva marcha que tituló *Amanecer*. Fueron, pues, las paredes de la iglesia de San Martín primer auditorio del *Cara al Sol*, futura “canción nacional” del régimen franquista.



A poco, en los sótanos del restaurante madrileño “Or Kon-pon”, varios poetas y escritores (Ridruejo, Foxá, Miquelarena, Mourlane, Alfaro y Sánchez Mazas) compusieron la letra. Pero sólo Tellería se atrevió a registrar el himno en la Sociedad de Autores, una pueril osadía que cerca estuvo de costarle el pellejo.

Puerilidad que añade a la torpeza de permanecer en Madrid con su familia tras el 18 de julio, siendo fácilmente predecible que lo arrestarían bajo la acusación de “amigo de José Antonio, autor del Himno de la Falange”. Conoce las miserias de la Cárcel Modelo, en donde se producirá una matanza de la que escapa por increíble casualidad. Unos días de libertad para recobrar el aliento, y vuelve a la trena denunciado por un camarero del “Or Kon-pon”. Con el pelotón de fusilamiento haciéndole ya sombra, el astuto Juanito se confiesa músico y de apellido Tellería, sí, “pero Tellería el autor de *Venta de Vargas*, no el Tellería del *Cara al Sol*”.

Para que no siguieran molestándole, opta por blindarse tras un carné político. ¿Y cuál más afín a su contumacia que el cenetista? De modo que aquí topamos con un Juanito reciclado en discípulo de Bakunin, con barba, melenas y todo. En el Madrid sitiado debe prescindir de su querido rioja, pero se habitúa a las francachelas a base de boniatos y alcohol puro; unido ésto a la vehemencia con que aporreaba el órgano durante las proyecciones de *El acorazado Potemkin* en un cine de la Gran Vía, sus camaradas terminan por convencerse de que Tellería es la quintaesencia de la acracia.

Aquellos treinta y tres meses de guerra dejaron en las entrañas del *eterno chaval* un residuo indeleble. A la vuelta del frente, sus amigos hallaron a Tellería más “inesperado” que nunca. Cuando media España enterraba a la otra media, y la nación —o lo que quedaba de ella— cantaba con una sola voz y por decreto su himno falangista; mientras los vencedores saboreaban el final del sufrimiento y el comienzo de la gloria... Juanito se destapó como un hombre “quemado”: no es una ocurrencia mía, lo dice uno de sus biógrafos; y añade: “Silencioso, serio, algún resorte íntimo se le ha roto”.

Se convierte en moda disponer de un himno compuesto por él: lo demandan la Juventud Femenina de Acción Católica, la Vieja Guardia del Frente de Juventudes, la División Azul e incluso los *arrantzales* de Ondárroa. Recibe la medalla de oro del Sindicato del Espectáculo y entra como profesor de música de cámara en el Real Conservatorio (¡quién y él, que desde crío odió los conservatorios!). Y en pago a su fidelidad a la causa, aún le regalan el Premio Nacional de Teatro por *Las viejas ricas*, un drama lírico escrito por Pemán que Juanito musicalizó con bastante indolencia.

El rey de la melodía, el autor de *Urgull*, el creador de un centenar de canciones encantadoras y populares, vivió desde el final de la guerra encerrado en sí, como un chiquillo que de repente descubriera el peso de la madurez, o un Orfeo escapado milagrosamente del Hades... Y murió sin enfermedad que lo justificara. Murió, simplemente, de no querer vivir.





EUGENIO DE AVIRANETA

ENDIABLADAMENTE ROMANTICO

No es cosa de ayer el que los profesionales del gaturperio gocen de pésima reputación entre sus valedores. Espías y conspiradores fueron siempre recibidos en la trastienda de ministerios y palacios, jamás en los salones de té ni en los círculos patricios. De ahí los sonrojos que encendía la ambición de Don Eugenio por que se le recordara como a un héroe. Ya viejo, urdió unas hiperbólicas memorias como última trapisonda para la posteridad, y un descendiente suyo, Pío Baroja, armó con ellas un personaje épico. Sin embargo, el apellido Aviraneta fulgirá hoy como ejemplo de probidad, aventurerismo y picardía, de no ser porque los historiadores (tercos en el detalle) se afanaron en reconstruir paso a paso sus andanzas, desvelando una figura contradictoria y siniestra que encarna como nadie las luces y las sombras del siglo del Romanticismo.

Quien más o quien menos ha disfrutado alguna de la veintena larga de novelas que Pío Baroja dedicó a su tío-abuelo, este Aviraneta sublimado por el escritor donostiarra con el sello de la vida aventurera.

Los que siendo aún jóvenes intimamos con el Aviraneta de Baroja, lo tuvimos por mosquetero –no menos apuesto ni galante que los del Cardenal Richelieu– enfrentado a unas hordas carlistas condenadas a la derrota segura en cuanto el astuto agente cristino irrumpiera en escena y empezara a tejer contubernios.

Lástima que al decurso, los desengaños de la realidad tengan también su contrapunto en las ficciones de nuestra juventud. Porque cuando crecimos y, un poco cansados de aquellas lecturas, nos sumergimos en otras más “rigurosas” a fin de conocer los detalles que Baroja evitó sobre la figura de su pariente (fuera por defenderlo o simplemente movido por conveniencias literarias), descubrimos que Don Eugenio de Aviraneta e Ibarгойen, el brillante conspirador al servicio de las causas más progresistas... era un granuja –ésto no nos sorprendió–, feo, antipático y hasta un poco ridículo –pero ésto sí.

Empecemos por los méritos. Aviraneta no tuvo igual en su especialidad: el sutil arte de la componenda, el amaño y el desbarajuste. Podemos definirlo, sin punto de exageración, como un dechado en el panteón de los grandes perturbadores de todas las épocas. Ya en sus días, eminentes científicos pujaron por adquirir su cabeza en cuanto fuera pasada por el garrote (tras su enésima condena a muer-

te, inconclusa como todas). Deducían los sabios que alguna combinación digna de profundo estudio debía darse en la molondra de ese hombre para que, en sus cabales, fuera capaz de urdir tantas y tan terribles artimañas que con pasmosa naturalidad estallaban en el levantamiento armado de una ciudad o en la división de un ejército en pie de guerra, en la desestabilización de un país o en el descalce de un trono.

Antes de continuar señalemos que a Don Eugenio de Aviraneta, con sus pones y sus quitas, hemos de considerarle guipuzcoano si no por los cuatro costados, al menos por tres cuartos. El que naciera y muriera en Madrid no pasa de constituir una impostura añadida a su perfil biográfico. Hijo y nieto de guipuzcoanos, quiso educarse en el Seminario de Vergara (el muchachote venía con prematuras veleidades jacobinas), y porque su padre, Don Felipe Francisco de Aviraneta y Echegaray, no aceptó o no pudo darle la formación que él esperaba, le tuvo en rencor hasta el último día. Pasó la adolescencia en Irún y estudió primeras letras en Hernani. Dominaba el euskera con la soltura de un sacristán de aldea, y atribuía su sana longevidad a tres actividades practicadas durante la juventud en Guipúzcoa: jugar a pelota, bañarse en el mar y beber “pitarra”.

Entre los placeres carnales, Don Eugenio desarrolló especial aptitud para los del estómago. Pero este inclin, bastante común entre sus paisanos, alcanzaba en él un grado casi patológico: en sus memorias olvida detalles importantes sobre hechos decisivos, apenas se





molesta en describir lugares, paisajes ni personas, pero en cambio guarda vivo recuerdo de “espléndidas comidas” y de “sabrosos licores”, llegando al absurdo de pormenorizar la composición de unas “tortitas de maíz” porque le traen al recuerdo las que “en las provincias Vascongadas llaman talua”, y ello en medio de una situación dramática donde su vida corría gravísimo riesgo. Para más inri, como buen guipuzcoano también, se las da de sobrio: “Soy muy parco en comer, como muy poco”.

Ni amago de modestia encontraremos en Aviraneta; al revés, alardea de un altísimo concepto de sí mismo y de su ministerio vital. En octubre de 1871 escribe: “Hace 79 años que a una buena guipuzcoana le dio la humorada de echarme a este mundo, esta buena pieza, para que sirviese de terror a los pícaros, cobardes y traidores, que han hecho cuanto es posible para matarle antes de tiempo, sin haber conseguido su pía intención. Vivirá todavía y será de alguna utilidad”. Erró Don Eugenio en su previsión: apenas cuatro meses más tarde fallecería arrumbado en una mansarda, y fue enterrado sin coronas.

Abordemos alguna de las muchas dudas que nos inspira este turbio personaje. La primera cuestión que el mínimo conocedor de sus andanzas se hace es: ¿a quién sirvió Aviraneta, sirviendo a tantos?

En sus escarceos iniciales fue “brigand” de la partida del cura Merino contra el francés, para luego perseguir al abate reaccionario



como a una sierpe. Se unió a la masonería desde muy joven, y actuó como cacique general de Aranda de Duero tras el triunfo de los constitucionalistas en 1820. Al lado de Juan Martín *el Empecinado* escaló puestos en la jerarquía militar, pero hizo mutis a tiempo para asistir a la humillante caída de su antiguo protector y amigo desde muy lejos.

En México, participó en la expedición Barradas, chapucero intento de reconquista de la ex colonia al grito de “¡Viva el rey Fernando VII!”: es decir, Don Eugenio enarboló la bandera del monarca absolutista que durante años fue enemigo jurado del liberalismo. De vuelta a casa, Aviraneta se apuntó al jacobinismo y puso patas arriba Madrid y Barcelona organizando sangrientos motines; por entonces le llamaban “el Marat español”.

Por último, en su período más conocido, juró fidelidad a la reina María Cristina y se reconvirtió en “hombre de orden”, reclamando mano dura para “meter en caja todos los ánimos soliviantados”.

Por tanto, ¿a quién sirvió Don Eugenio, sirviendo a tantos? Tengo para mí que la respuesta es una: sirvió a los enemigos de la religión, única causa hacia la que mostró perseverancia e hidalga lealtad. En origen, este furor cleróforo habrá que datarlo de temprana hora, habida cuenta de que con sólo 27 años tuvo ya que vérselas con el mismísimo Tribunal del Santo Oficio por públicas protestas de ateísmo.

Pero la prueba más fehaciente de lo que decimos está en la soberbia exhibición de recursos que desplegó en su lucha contra el carlismo, un combate que para él tenía un sentido definidamente anticlerical. Con tenacidad de jabalí herido, Aviraneta persiguió al carlismo allí donde creciese, pero para su desgracia nadie quiso reconocer a la postre su decisiva aportación. Pues conviene no olvidar que si en Vergara hubo abrazo, se debió esencialmente a los ardides de Aviraneta. Falsificando documentos donde el general Maroto figuraba nada menos que como Gran Oriente de la Masonería, con testimonios adulterados, proclamas apócrifas y un sinfín de añagazas, el conspirador motivó –él solito– la colisión entre carlistas “obisperos” y “marotistas”, y no cejó hasta verlos dentellearse como perros enrabietados.

Balmodero Espartero, un poco celoso y otro poco altivo hacia el agente que desde los bajos fondos de la historia le allanó el camino de la gloria, intentó acabar con aquel de quien decía: “Lo que no haga Aviraneta, no haría todo el infierno entero”. Y si no lo consiguió fue porque la reina María Cristina, recelando del “general del pueblo”, necesitaba a un hombre del arrojo de Don Eugenio para neutralizarlo.

Nadie se fiaba de Aviraneta, ni siquiera sus más íntimos. Se desenvolvía con tal soltura en cualquier frente, con tanta ciencia y tan nulos escrúpulos engatusaba a los hombres, que con razón todos temían sus manejos.





Véase a propósito cómo se infiltró hasta la alcoba misma del carlismo empleando “comisionados” afectos y pasivos. Escogía a los primeros entre los más taimados y de contrastada experiencia en el fingimiento, gente con precio a quien recompensaba con largueza. Pero tampoco tenía mayor problema para captar a fanáticos carlistas como correveidiles de los bulos que más convenían a su estrategia. La Taboada, alias *Conquista*, fue de estos segundos. Hizo de ella inconsciente brazo ejecutor de la gran conspiración de Estella —donde su novio ocupaba un puesto de oficial—, que culminó con el fusilamiento de dotados generales carlistas a manos de sus propios compañeros. La infeliz *Conquista* acabó metiéndose monja.

Ciertamente, no era Aviraneta un ejemplo de probidad, por mucho que Don Pío gastara barriles de tinta en demostrar lo contrario. Pero tampoco podremos tildarle de corrupto o venal, al menos en el sentido “moderno” de la acusación. A Don Eugenio le inquietó poco su beneficio económico personal, pero no así el político. No amasó fortuna por desidia o arrogancia, acaso por honor: en un siglo en que la política reportaba pingües beneficios, Aviraneta apenas vivía con lo justo, y acabó pobre de solemnidad en una mísera buhardilla del Madrid de Amadeo de Saboya. En cuanto a su progreso político, tuvo ambiciones pero su vanidad le granjeó demasiadas enemistades. Debemos creerle cuando afirma en sus cuadernos: “Jamás hice antesalas, ni incensé al poder ni me prosterné ante los mandarines; nunca pretendí ascensos ni distinciones, ni usé de las que puedo, porque supe ganarlas”.



Aviraneta fue un extraño personaje, fascinante y repulsivo a un tiempo, radicalmente contradictorio. Un tipo aguileño y severo, bizco y canijo, bilioso y nulamente dicharachero, que sin embargo inspiraba suficiente confianza para atraer cómplices y adictos en cualquier clase social, nación y circunstancia. ¡Si hasta llegó a intimar con Lord Byron... qué más habremos de añadir! El poeta y el intrigante se conocieron a bordo de un barco en Missolonghi, y, como quien dice, en brazos del guipuzcoano murió el mítico autor de *Don Juan*. Poco o nada tenían en común, excepto su endiablado romanticismo. A Byron se atribuye la frase: “Después de todo, ¿qué es una mentira? No más que la verdad enmascarada”; a Aviraneta, su puesta en práctica como filosofía de vida.

Excepciones al margen, nunca se le conocieron amigos de verdad, ni mucho menos amantes. Ya cincuentón, pidió mano a una joven cantante francesa humillantemente abucheadada por el público madrileño. Un matrimonio de conveniencia para no añadir más soledad a la vejez. O, si se prefiere, un matrimonio entre perdedores.

En el puerto de arrebatacapas que era la España del XIX, Aviraneta hizo carrera de intrigante. Sin su concurso, el devenir de la nación no hubiera sido el mismo. Para que las generaciones le enjuiciaran como él quería, redactó unas memorias en la confianza de que la historia es casi siempre desmemoriada. Su afición a los folletines le llevó a retratarse como un héroe por entregas, ocultando vicios y exagerando virtudes: “Si piensan algunos *caritativamente* que he sido un conspirador de profesión para mis ventajas persona-

les, espero que en lo sucesivo opinarán diferentemente, haciéndome rigurosa justicia” respecto a “los méritos contraídos y servicios prestados con la espada y con la pluma en obsequio de esta desgarrada patria”.

Una tía de Pío Baroja recordaba a Don Eugenio, ya jubilado, en San Sebastián, ciudad a la que venía con gusto y asiduidad. Sacaba a pasear sus dos perros, *Píramo* y *Tisbe*, y siempre tenía el ánimo socarrón. Coleccionaba insectos, conchas y caracolas, y se le apreciaba como gran tertuliano.

No lo dudamos. Empero, sus memorias nos presentan a un personaje tan distinto al que imaginábamos leyendo a Don Pío... Aquel gigante robusto, ingenioso y desprendido, aparece sin él mismo quererlo en su hiperbólica autobiografía, granuja, feo, anti-pático y hasta un poco ridículo.

Pero, pensándolo mejor... ¿no es ése el retrato del perfecto tunante, del pícaro ilustrado, un clásico en la galería humana de este pintoresco país? Olvidemos entonces al Aviraneta de Baroja, y admiraremos en su holgura y en su estrechez al gran guipuzcoano que revolucionó la vida del siglo más díscolo de la historia.





FRANCISCO DE LAZCANO

ENANO DE PROFESION

El Niño de Vallecas nació en Lazcano. En la corte se le conocía como *el Vizcaíno*, y ejercía de compañero de juegos del príncipe Baltasar Carlos. Su nombre: Francisco; su procedencia: Lazcano (no Lezcano, como dicen los papeles); de profesión: enano. Diego Velázquez lo inmortalizó en la más primorosa semblanza de capitidismuido nacida de sus pinceles. ¿Lo recuerdan? Un enano hidrocéfalo a la entrada de una cueva azabache, barajando entre sus regordetas manos un juego de naipes. Aunque se empeñen en seguir llamándole *El Niño de Vallecas* –alguien allá por 1800 así lo tituló, nadie sabe por qué, corrigiendo otro desatino anterior: *Una muchacha boba*–, sepase que nuestro Lazcanillo ni era niño ni vino de Vallecas. En esta galería de olvidados y malqueridos también cabe el pequeño guipuzcoano, por enormes motivos grande.

Como tantas otras frivolidades, la moda de solazarse con locos, enanos y bufones entró en el dominio castellano de los Austria a imitación de la corte francesa. Pero el origen de esta extravagancia proviene de la remota antigüedad. Se barrunta que persas y egipcios fueron pioneros de su crianza, y que de ellos se heredó el capricho en Grecia y Roma, donde no se concebía digno agasajo sin la presencia de *gelotopoi*, o sea de cómicos enajenados.

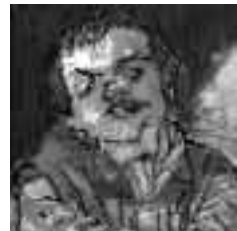
En la cultura clásica como en la moderna, su función sería idéntica. La que describe una página del *Elogio de la locura* del maestro Erasmo de Rotterdam: “No quiero más pruebas que ésta: si entre los convidados no hay uno, al menos, capaz de alegrarlos con su locura natural o artificial, se pagará algún bufón, o bien se atraerá algún parásito ridículo que sepa ahuyentar el silencio y la tristeza por medio de chistes divertidos”.

Con los progresos técnico y académico, se fundaron escuelas de bufones en los reinos más avanzados de Occidente, algunos de cuyos diplomados alcanzarían rango superior al de ministro. Entre los nombres que han hecho leyenda de bufonería cabe olvidar a todos salvo a Brusquet, modelo histórico imitado hasta el hartazgo pero jamás igualado. Gracias a su desvergüenza e ingenio, el rey Enrique II de Francia despertó grotesca envidia entre los monarcas rivales, que se reconcomían por hacer suyo un histrión de tal calibre. De lo que se deduce que ya para entonces era obligado que un soberano con ambiciones imperiales dispusiera de buenos perros cazadores, buenas monturas (de todo género) y buenos bufones. Y

con este precepto en mientes, Felipe II envió a su más diestro charlatán a cursar un *master* con Brusquet, el Príncipe de los Bufones; pero, en prueba de rebufonada, el español volvió más tonto y menos divertido.

No obstante, los hispanos no fueron a la zaga de sus homólogos europeos. Y lo afirmamos a contrapelo de los tratadistas contemporáneos, que han pintado a los nuestros como simples bufoncillos chocarreros frente al majestuoso arte de *bouffons* franceses y polichinelas italianos. En apoyo de nuestra tesis contamos con eminentes ejemplos (al menos en algo fuimos competitivos...).

Ahí queda, sin ir más lejos, la emotiva figura de Francesillo de Zúñiga, vasco de origen judío engastado durante décadas como un diamante en el áureo entorno del Emperador. De él guardamos una hermosa colección de cinismos dignos del propio Diógenes, y más de una docena de golpes cómicos que lo emparentan con los personajes de Plauto. Pero además, Francesillo hizo pinitos de escritor labrando en su forzado destierro (al que su soberano lo arrojó por propiarse, como es de esperar en todo bufón de talento) una antología de chascarrillos cortesanos en su *Crónica Burlasca del Emperador Carlos Quinto*, todavía al alcance del lector interesado. Y si gaje de su oficio era aguantar mandobles –admitía de los señores nobles “que en su mano es dallos y en mi trabajoso cuerpo recibillos”–, no contaba Francesillo con que el librito de marras le costara la vida misma. Cuarteado a cuchilladas acabó por un *bufonida*, sicario de cierto





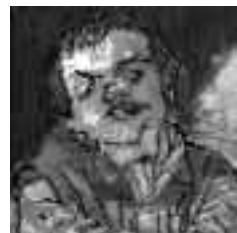
AL CORPO DE LAS BARRAS, COMEDENOS
ENSALADAS, COMO COMEN LOS SEÑORES,
NARANJITAS Y LIMONES, ALUPÉ... ALUPÉEE
ENANITO ME QUEDÉEE...

Grande de Castilla que no soportó ver su parodia corriendo de mano en mano en letra impresa.

Fue llevado a casa en plena agonía, y a su lado se reunió Perico de Ayala, otro bufón cortesano. Viendo que la vida de su amigo se escapaba, Perico le pidió machaconamente que mediase por su alma cuando llegara al cielo. Y Francesillo, harto de que no le dejara morir en paz con su reiterado encargo, se soltó con una postre chunga: “Atame un hilo a este dedo meñique por que no se me olvide”.

Hecho este proemio, conviene aclarar cuanto antes que no es bufón sinónimo de enano, aunque ambos tuvieran familiarmente la misión de entretener. Pues hubo bufones *de tamaño natural*, y enanos que no ejercieron estrictamente de guasones. Sin embargo, a fuer de sinceros, reconozcamos que tanto más deformes y físicamente estrambóticos fuesen locos y bufones, tanto más se cotizaban, por lo que en aquellas calendas los buscadores de seres apaisados recorrían medio mundo para animar un comercio próspero y bienquisto.

Enanos los había de toda sensibilidad y disciplina: poetas y juglares, filósofos y matemáticos, magos y malabaristas, místicos y golfantes... En esta rica variedad, algunos especímenes ganaron largo predicamento. Como Ulrich Wofflin, un belga que se las daba de gran teórico cosmogónico de la enanez. Pregonaba Ulrich –con florido verbo que fascinaba a sus oyentes– que los seres diminutos procedían de la Atlántida, la mítica isla hiperbórea. Allí vivieron en



felicidad, con toda la abundancia del Edén y sin limitaciones de altura, hasta que una aciaga noche un maremoto encrespó al océano contra la ínsula, y los atlantes, incapacitados para todo lo que no fuera dicha y sosiego, de puro pánico se encogieron como gatos ateridos. La isla fue devorada por las aguas, pero algunos nativos peregrinaron por las minas horadadas bajo la isla, cuyas galerías conducían a tierra firme. Al cabo de generaciones, cuando lograron salir a la superficie, eran la mitad de grandes que antes y su piel había oscurecido, pero a cambio conocían como nadie los entresijos del planeta.

Como se ve, Ulrico Wofflin era un enano ocurrente. Su vida estuvo preñada de acontecimientos más prosaicos que los de sus presuntos antepasados. Por ejemplo, fue sorprendido yaciendo con la esposa de un tal, y durante días corrió en calzones por delante del mostrenco que exigía venganza. No se volvió a saber de él.

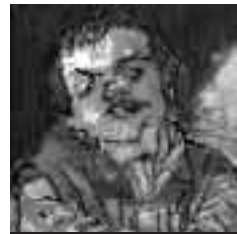
Y es que, créanselo ustedes, de algunos enanos se estimaban también sus cualidades amatorias. Tema que nos da pie para introducirnos en el entorno que conoció y padeció nuestro buen Francisco de Lazcano. De su entorno, decimos bien, que no de su experiencia propia, dada la abulia del guipuzcoano por ganarse los favores del género femenino, pues a su sano entender “las mujeres embelesan al pequeño haciéndole creer grande, y encogen al grande para que vuelva a ser pequeño; y estirando o aflojando, ellas se llevan todo lo que va cayendo”.

Opinión contraria compartían Sebastián de Morra y Diego de Acedo, alias *el Primo*. Estos dos enanos, mundialmente conocidos

por sus retratos velazqueños, se entendían con una muchacha lozana y bella, Manuelay, quizá no sobrada de virtudes morales ni de inteligencia, pero cuya exuberancia compensaba con creces sus limitaciones de orden metafísico. Viéndole junto a sus enanitos tan cubierta de satisfacción como una Blancanieves, las comadres de la corte se hacían cábalas sobre los ocultos talentos de la pareja de renacuajos, y una tras otra todas empezaron a coquetear con Sebastián y Diego. A Manuelay le corroían los celos, y como quiera que la ambigüedad de sus amantes no acababa de sacarle de dudas, los abandonó. La chica terminó ejerciendo de buscona, y ellos, libres de compromisos, se saciaron con sus pretendientas una tras otra por riguroso orden de antojo.

Otra de sus víctimas fue la esposa del aposentador palatino Marcos de Encinillas, a la sazón uno de los patronos de Francisco de Lazcano, quien por unos maravedises le alegraba el establecimiento. Pero a la señora de Encinillas lo que le divertía era corrérselas con Morra y *el Primo*. El trío guardó al principio las precauciones exigibles en estos negocios, hasta que al crecer en fulgor su relación se hizo patente para todo el que tuviese dos ojos en la cara. Y como ello constituía un peligro en ciernes, –más aún conociendo el carácter violento del aposentador–, el de Lazcano quiso llamar la atención de la adúltera sobre lo que se le venía encima.

Francisco era un reconocido echador de cartas, genio que desarrolló pegando la oreja a puertas y a muros, más una pizca de sentido común para interpretar lo que se cocía a su alrededor. Te-

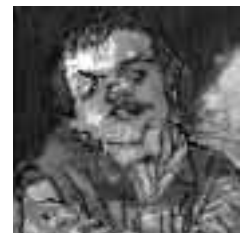




miendo, como decimos, que entre el patrón y sus liliputienses amigos acabara organizándose la de San Quintín, una tarde cualquiera en que la esposa de Encinillas andaba pidiendo que le echara la buena-ventura, el espabilado goyerritarra le largó la trágala sin levantar la mirada de los naipes: “Veo a Don Marcos muy enojado con un cuchillo en la mano... Y aquí se ve a usted, mi hermosa dama, cosida a puñaladas”.

La “hermosa dama” se asustó al principio, pero horas después ya estaba otra vez cornamentando a su fiel. No pasaron muchos días hasta que al fin Don Marcos descubrió el pastel: tomó un cuchillo e hizo de su esposa picadillo sobre el mismo suelo del Alcázar. Acto seguido, se refugió en una iglesia buscando amparo sagrado contra la justicia. Con lo que el vaticinio de Francisco se cumplió, y los rufianes Morra y Acedo pudieron poner punto y seguido a sus bribonadas sin miedo a la venganza del posadero.

Conste aquí en su descargo que Francisco se ganaba la vida honestamente leyendo el porvenir en los palos, aunque ello le exigiera superar el carácter taciturno y solitario que llevaba en las entrañas. Apenas frecuentaba más que lo justo la tertulia de la Margaritona, alcahueta de la calle del Barquillo, que era círculo de preferencia de los enanos de la corte alrededor de un chocolate y una copa de aguardiente. En sus tres lustros de profesión cortesana sólo intimó de verdad con un colega: Pepe Alvarez, alias *el Pollo de Cartagena*.



El Vizcaíno y el Pollo eran más que amigos, casi hermanos. Así que el pequeño guipuzcoano ya no fue el mismo desde que encerraron al *Pollo* en el manicomio de Nuestra Señora de Gracia en Zaragoza, castigo habitual para los locos que se pasaban de la raya... o que retornaban a la normalidad, que venía a ser lo mismo. El delito de Pepe fue que le dio por quitarse los piojos en lugar y momento inadecuado, y lanzarlos planeando sobre las cabezas más egregias de Palacio.

También tuvo buen trato con el maestro Diego Velázquez. Este amigo de los enanos tenía en especial estima a Lazcano, probablemente porque ambos eran hombres de percepción aguda y de parquedad oral. Se conocieron apenas entró Francisco en la corte el año 1634 como enano personal del príncipe Baltasar Carlos, el desdichado heredero de la corona castellana fallecido siendo todavía niño.

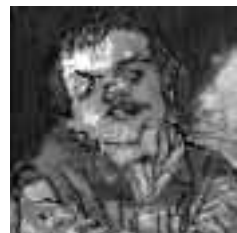
Todo lleva a pensar que Velázquez retrató tres veces al simpático Lazcano. Primero, en esa suntuosa composición del mayestático niño vestido con todos los atributos principescos, elevado sobre un enano en gracioso escorzo parodiando la estampa del infante con sonajero en una mano y manzana en otra. Dicen que el cuadro data de tres años antes de que Francisco ingresara en la corte, pero recientemente se señala que hay un juego barroco entre el plano superior y el inferior, el cual sería un añadido de fechas posteriores. En todo caso, el parecido del enano con nuestra “sabandija de palacio” resulta indiscutible.

También asoma la enorme cabecita de Francisco en *El príncipe Baltasar Carlos en el picadero*, señalando graciosamente desde los cuartos traseros del equino hacia el conde-duque de Olivares, como una premonición del echador de suertes ante la inminente defenestración política del gran valido.

Por último, su retrato de cuerpo entero en el famoso *Niño de Vallecas*. Ningún otro enano velazqueño iguala a éste, ni en su tratamiento ni en su intencionalidad. La pureza del gesto y de las líneas, del color y del marco (esa gruta que simboliza la introversión del enano, tan afín a la personalidad del propio pintor), no transpiran tristeza ni dolor: sólo una dulce melancolía que nos hace sentir enanos en un universo de infinita soledad. Debió consumir muchas horas en esta creación el genio sevillano, pero podía permitírselo. En Lazcano halló al fin al perfecto modelo: un tipo capaz de permanecer en silencio, inmóvil, susurrando con la mirada y el gesto.

Un doctor sabelotodo describió al personaje de este cuadro como “un cretino oligofrénico de perruna fidelidad”. Pero los trazos dispersos de su vida y el arte mismo de Velázquez nos desvelan, al contrario, a un Francisco de Lazcano vivo y chispeante.

De su retrato aprendemos, como de un espejo de los siglos, que el futuro, por muy grande que lo imaginemos, apenas puede crecer.





URTAİN

LA VIDA ES UN TONGO

El asfalto fue su lona. El viejo púgil, cansado de pelear y de querer, se entregó ante el único rival que castiga sin descanso (el Rival de Todos los Días pega siempre muy duro). Ya ni el alcohol y las parrandas amortiguaban ese dolor. En el costado, en el vientre, en las entrañas. Había hijos, cinco. A los que el viejo púgil apenas podía dar de comer. El enemigo castiga, pega duro. José Manuel Ibar, alias Urtain, aguardó sobre el áspero alquitrán de un patio de Madrid a que el juez definitivo agotara la cuenta. Hasta diez. Y se retiró. Así acabó la leyenda. Escrita por sus triunfos y por sus aún más sonados fracasos. “Ni la vida ni el boxeo han sido lo que yo esperaba”. Un tongo sin matices. Hasta el último *round*, le gritábamos: “¡Que no se diga, *morrosko!* ¡Que no se diga...!” Pero no bastaba. Arrojó la toalla. Y es que el Enemigo, a veces, pega muy duro.

Guipúzcoa es tierra de pesados. De aquí han salido algunos de los mejores del país. *Muturjotzailles*, en la vieja lengua, que significa luchadores a puñetazos. Pero curiosamente, casi todos los nombres que coronan el firmamento boxístico guipuzcoano ejercitaron su fuerza antes contra las piedras que contra los hombres. En esta bendita tierra no se ha cultivado el placer de partirle la cara a nadie (pese a que algunas excepciones contemporáneas se empeñen en desdecirnos). Y así como, por ejemplo, los ingleses disfrutaban *elegantemente* arreándose estopa, a nosotros rara vez nos divierte. ¿Será por eso que en Guipúzcoa no cuaje ningún gran campeón, aunque cerca hayamos estado?

Tomemos al terrible Paulino, Paulino Uzcudun por supuesto, aquel muchachote de Régil en quien un ojeador puso avizores viéndole competir en los deportes rurales. De modo fulminante, Paulino conquistó el cetro europeo de los pesados, y eso en unos años (los veinte/treinta) en que el panorama pugilístico estaba plagado de boxeadores bien entrenados por el hambre y las pródigas miserias de los primeros *rounds* del siglo. En un santiamén, nuestro *morrosko* cruza el charco y, sin despeinarse, tumba a algunos de los mayores ídolos de la afición de la Gran Manzana: Harry Wills, Les Kennedy, Max Baer...

El chico de Régil parecía tocado por el guante del dios de las cuerdas. Observen si no la famosa foto de Paulino con Jack Dempsey, la trituradora del Madison Square Garden, cuyo nombre todavía hoy se pronuncia quitándose el sombrero cuando toca reme-

morar la edad de oro del boxeo, en buena parte personificada en su sombría figura. Pues bien, Jack y Paulino, Paulino y Jack, siameses embutidos en sendos *smokings* y engominados hasta las cejas, aparecen en esa foto como reyezuelos de suburbio con traza de invencibles. Dos hombre hechos para triunfar.

Pero, sabe Dios por qué, uno y otro corrieron muy distinta suerte. El nuestro, Paulino, tuvo que conformarse con una única y tardía oportunidad al cinturón mundial. Justo cuando el italiano Primo Carnera acababa de inaugurar su salvaje tiranía. Aquella noche en Nueva York, Paulino rozó la cima. Y en el asalto, aunque perdiera a los puntos, extravió el equilibrio para siempre. A partir de entonces una larga agonía. El chico de Régil intentó lo imposible. Y pagó su ambición con un KO. humillante, entre otras razones porque fue un negro llamado Joe Louis quien se lo infligiera. Claro que el moreno en cuestión *ensombrecería* con el tiempo los palmareses de muchos otros combatientes: no perdió un solo choque en su carrera de campeón. Como nuestro Paulino y como muchos otros, también Joe Louis conocería el sabor del tapiz cuando se empeñó en detener al Tiempo... el enemigo imbatible de todo boxeador.

El mismo Primo Carnera acabó con los sueños de otro grande del boxeo guipuzcoano: Isidoro Gaztañaga, alias *El martillo pilón de Ibarra*. Isidoro, duro, bello, bueno, constituye un ejemplar canónico de toda la pléyade de boxeadores de los años veinte y treinta que, saliendo de lo más hondo de la colmena y simplemente a golpe de





puños, se abrieron paso en una sociedad cuarteada por la gran crisis que preludiaba una década de guerras.

Después de noquear a una treintena de hombres, a Isidoro se lo llevaron a América. Él, que apenas había ido más allá de Tolosa para vender la verdura de su caserío, que justo sabía balbucear en castellano cuatro palabras con cerrado acento, de la noche a la mañana se descubrió rodeado de admiradores, vestido de popelina y almidón, y compartiendo mantel y mujeres con la *beautiful people* de Cuba, Argentina y Estados Unidos. Le costó caro: las cejas lo primero, su inmensa nariz de vascurro poco después, un desgarró intangible muy pronto...

Como decimos fue Carnera, aquel Quasimodo italiano que poco antes había dado buena cuenta del paisano Uzcudun, quien puso freno a las ambiciones de Isidoro en vísperas de que estallara la Guerra Civil española. No obstante, aquella derrota le permitió ganar varias bolsas más en combates donde “el fracasado” presentaba en sociedad a jóvenes aspirantes. Aplastar a Isidoro Gaztañaga era un paso importante para llegar hasta Carnera...

No pudiendo regresar a una España hambrienta y rota por la guerra, marchó a Buenos Aires. Para entonces Gaztañaga lejanamente recordaba, si no fuera como caricatura, al mozalbete de Ibarra, inocente y pueril, que acompañaba a su padre al mercado de Tolosa. La muerte le sorprendió una noche argentina, en plena jarana y del modo más absurdo. Como mueren los grandes boxeadores.



Cayó sangrando en medio de una reyerta: él quiso utilizar sus puños, su verdugo le traicionó con un cuchillo...

Al poco emergería la imponente figura de Paco Bueno, el hercúleo renteriano al que los más jóvenes hemos conocido detrás de una barra en la calle Mayor de San Sebastián. Dicen los especialistas que Paquito aplicó la “ciencia” al cuadrilátero, arrumbando al olvido a toda esa generación de forzudos intonsos. Bueno tenía estilo e inteligencia, estudiaba al rival como a una rata de laboratorio durante los primeros asaltos, para a continuación anular sus defensas, castigar sus puntos débiles y, en una palabra, aniquilarlo. Virtudes que le permitieron dominar el boxeo nacional durante los cuarenta, década en que no tuvo aspirante de fuste. Sin embargo, cuando se atrevió a porfiar por el título europeo se descubrieron en él “imperfecciones”: Paco era un buen boxeador, pero carecía de pegada. (Irónica metáfora de aquella España encerrada en sus públicas miserias y en sus secretas grandezas). Pero como lo que el país entonces necesitaba era, sobre todo, soñar, Paco le dio esa oportunidad. ¿Qué más puede pedirse a una biografía?

¿Y Urtain? ¿Tenía la fiereza de Uzcudun, el pronto enloquecido de Gaztañaga, la técnica de Bueno? A decir verdad, no. Urtain nos recuerda más a Basilio Ayestarán. Basilio, apodado *El morrosko de Aya* (¡qué originalidad!), iba para gran campeón, o al menos eso cuentan los *aitonas* forofos. Basilio era la fuerza bruta combinada con la nobleza más exquisita.

Dicen que el rugby –otro deporte originario de Albión– es un juego de truhanes disputado por caballeros. Lamentablemente, no es el caso del boxeo. En el boxeo las carencias materiales y emocionales, las limitaciones intelectuales, las frustraciones, los complejos, en fin, todas las miasmas de la personalidad son materia prima con la que se esculpen los puños de un gran campeón. Y los nuestros, a lo que se ve, andaban sobrados de cualidades para el cuerpo a cuerpo, pero sus estercoleros personales no rebosaban lo suficiente para triunfar en el golpe bajo.

El morrosko de Aya, Basilio Ayestarán, debió darse cuenta de esta realidad a tiempo y cambió los entrenamientos en el gimnasio por los ejercicios espirituales en el seminario. Pese al hermoso futuro que, al unánime decir, le aguardaba en el boxeo, Basilio colgó los guantes y determinó proseguir su pugilato desde las trincheras de la Compañía de Jesús.

Afirmamos que Urtain nos recuerda a Basilio. Sólo que al de Arrona le tocaron tiempos más engañosos y torticeros, en los que se exigía carné de héroe para bajarse de la mula en marcha.

Poco antes de perder el título de ser viviente confesaba Urtain que, empezadas a escribir sus memorias, las había abandonado al llegar al capítulo de sus inicios como prometedor *arrijazotzai-le*, es decir con 16 años. “No me atrevo a escribirlo todo”. Escribirlo todo equivalía a contar el rosario de trampas, amaños, venalidades, traiciones, que conforman la tramoya de la “sana” competición de-





portiva. Comenzando por la nota a pie de página que son los deportes rurales vascos y terminando en los más altos reglones de la élite boxística (repárese: extremos unidos por el común denominador de las apuestas en liza).

Urtain no estaba hecho de esa pasta. Tenía el corazón demasiado grande, pero también demasiado fatigado de querer a tanta gente que no valía un puñetazo...

Empezó tarde, con 24 años, y sabido es que a esas edades difícilmente se forja un campeón. Pero tenía fuerza, mucha fuerza. Podía hacerse algo con él... siempre que los combates no durasen más de cinco asaltos y contra rivales adecuadamente elegidos. Con estas premisas, un astuto *manager* le apadrinó e hizo de él el gran Urtain que hoy traemos a la memoria. Y valió la pena: pese a que se quejara e imprecara contra el mundo, Urtain era el primero en reconocer que aquella aventura de buena gana volvería a vivirla.

El morrosko de Cestona disfrutó de años de apoteosis, de prosperidad, se hizo celeberrimo en el crepúsculo del franquismo... Otros ganaron con él, quizás más que él, pero eso sucede en cualquier lugar y tiempo donde impere el libre mercado y el trabajo gregario. Triunfó en París, conquistó el título europeo en Madrid, pero cayó en Londres porque, como “un niño grande”, se enrabietó contra la ceja de un artesano de la lona, Henry Cooper, avezado especialista en el arte de encajar golpes. La ceja de Cooper fue su agujero negro: cada vez que se asomaba en aquel recuerdo, le dominaba el vértigo.



Todavía recuperaría la corona continental un año después, malgastándola en sólo seis meses. En medio, quisieron publicitarle en América como “el nuevo Uzcudun”. ¡Cuánta mentira! Todos sabían que Urtain jamás podría amenazar la supremacía negra que ya para entonces machamartilleaba entre los pesados del Nuevo Mundo.

Y se atrevieron a tildarle de “El Rey del Tongo”, a él que nunca tuvo pelos en la lengua para reconocer que, en efecto, algunos rivales se caían solos y que otros le rogaban que no pegara muy fuerte (“¡por mis hijos!”). No, los reyes eran otros, él simplemente ejercía de operario.

Urtain sentía a menudo el asco a la altura del gazzate, sin perder por ello una pizca de su campechano optimismo. Desde el primer momento fue consciente de que sus cualidades no eran las que cantaba cierta prensa. Nadie sabía mejor que él hasta qué punto su pegada era fuerte, pero no fulminante; que sus movimientos eran sobrios, pero lentos; que su técnica era primitiva y su *punch* espeso.

Para decirlo todo: Urtain se dejó llevar por aquella corriente intentando que le engañaran lo menos posible y, sobre todo, engañarse lo menos posible a sí mismo.

Al terminar su carrera, tristemente como corresponde a un ex combatiente, ejerció de hostelero, de guardaespaldas, de portero de discoteca, de relaciones públicas, de cocinero... Se corrió mil y una juergas, hasta que el corazón le advirtió que no estaba para

más trotes. Se casó dos veces y tuvo cinco hijos. Pero ya nunca echó raíces.

Unicamente cuando regresaba a su tierra se le veía disfrutar como un chaval. Tampoco aquí se mordía la lengua: “Por culpa de la violencia política, ahora hay tristeza por todas partes”. Su misma presencia era una lección viviente de humanidad. Un hombre engañado y desengañado, triunfador y fracasado, vitalista y hondamente desfigurado...

Por todo lo anterior, la fotografía de Urtain roto sobre la lona de asfalto, al pie de la casa de la que ese mismo día iba a ser desahuciado por impago... nos hirió a sus paisanos hondamente. Embajador de Guipúzcoa en los bajos fondos del boxeo, portavoz aguardentoso en las largas noches de farra en cualquier rincón de España, exportador de nuestra cocina allí donde hubiera cuatro duros para abrir un restaurante condenado al cierre por negligencia y prodigalidad... Ese era Urtain.

En el paraíso de los mezquinos él no estará, porque su corazón no cabe. Pero si hubiera algo ultratumba para gente como Urtain, apuesto a que habrá de parecerse a un desván; un desván elíseo donde armar un cuadrilátero, junto a una mesa desvencijada, una botella de whisky y dos vasos. Otros se pegarán; él, sentado, disfrutará del espectáculo. Y, entre trago y trago, se le oirá gritar: “¡Que no se diga, *morrosko!* ¡Que no se diga...!”.





EDMUNDO RAZQUIN

EL BELLO IMPERTINENTE

Dos veces morimos los humanos: una, físicamente; la segunda, cuando los testigos de nuestros días desaparecen a su turno (es decir, cuando entramos a formar parte de la ancha cripta de un pasado mudo). Quizá por eso nos fascinan particularmente los relatos de primera mano sobre personajes que nacieron y perecieron mucho antes de que se produjera el cortocircuito que a uno le dio origen. Y más todavía si es la biografía de un héroe genuinamente novelesco y radicalmente calavera. Como Edmundo Razquin.

No ocupa una línea en los libros, ni tan siquiera mención sobre la página de necrológicas en su última fecha. Y eso que debajo de la catarata de duelos, embelecocos, fracasos, desplantes e impertinencias del *beau* Razquin, habitaba un ser excepcional a quien alguien propuso apodarar “el burlador guipuzcoano”.

Edmundo nació en Salinas de Léniz el invierno de 1864. Puntualicemos: vio la luz a bordo de una diligencia al paso por la señorial villa, cuando sus padres viajaban hacia Francia. “Un francés de Guipúzcoa”, se definiría a sí mismo más tarde, transformando, como hacía con todo, su guipuzcoanismo en *capricho estético*. A caprichoso no tuvo igual, como se probará con detalle.

Huérfano de madre prematuramente, y puesto que su padre –un próspero comerciante de origen navarro que mayoreaba entre Francia, España y las colonias americanas– mudaba de residencia y hasta de continente varias veces al año, la infancia de Edmundo transcurrió en soledad entre niñeras, institutores e internados: Lyon, La Rochela, París, Madrid... El grueso de su formación estuvo a cargo de los jesuitas, con quienes, según declaraba en sus memorias, aprendió a gozar y a sufrir sin que nadie salvo él supiera cuándo gozaba ni cuándo sufría. Cogió gusto por las letras, y tras un brillante *baccalauréat* ingresó en la Sorbona para cursar Humanidades.

Ayuno del menor agobio económico y bajo una tutela paterna ejercida a miles de kilómetros de distancia, Edmundo mostró muy pronto interés por las enseñanzas que se impartían en los cafés de los Grandes Bulevares, en detrimento de las lecciones magistrales de los discípulos de Comte. Eran los años de la Tercera República, desorientados en lo político y degradados en lo artístico por el movimiento naturalista. Edmundo cayó en gracia entre los círculos más recalcitrantes de aquella hora: el de los esforzados enemigos del naturalismo y los reventadores de las representaciones del Théâtre Libre de

Antoine. No por falsa afectación sino por asco mondo y lirondo, Razquin combatió desde la primera línea a ese zafio y pretencioso director que colgaba trozos de carne real sobre el escenario para dotar de “naturalidad” a un drama de carniceros (atrayendo, por otra parte, a todas las moscas de París según iban pasando las funciones); igual que, en su elemental sofisticación, le repugnaban las noveluchas a la moda trufadas de sangre, mugre y vívidas desdichas, pero escritas por *bourgeoises* asiduos de los mejores comedores y las casas de citas más caras de la ciudad. En suma, el naturalismo se convirtió en su “bestia negra”.

Todavía no hemos dicho que Edmundo Razquin (o Edmond Rasquin en versión gala) era un muchacho moreno tirando a meridional, mediana estatura y complexión delicada. Su cuerpo ladeaba ligeramente hacia la derecha, detalle casi inapreciable si no fuera porque él lo amplificaba como nota de distinción al apoyarse frívolamente sobre un bastón con empuñadura de marfil. Adoraba los chalecos de terciopelo, los guantes de cabritilla, los botines de charol y, sobre todo, las corbatas anchas, que coleccionaba con furor de entomólogo. Siempre portó un bigote rígido, engominado, de indudable encanto sobre un rostro juvenil pero bastante ridículo entre las arrugas de la madurez.

El caso es que, reventando funciones y provocando a los naturalistas en todos los frentes, frecuentando las terrazas más vipequinas y fraguando amistades con caballeros desparpajados, Edmundo fue labrándose una personalidad muy a tono con aquel





fin-de-siècle. De entonces data su íntima camaradería con Maurice Barrès, único ser a quien profesó incondicional devoción hasta el último día. De palabra y de obra, Edmond y Maurice compartieron idéntico principio vital: “La primera tarea es existir”.

Hacia 1886, entabla relación con una *cocotte* de tercera fila, una tal Sophie, que soñaba convertirse en gran actriz de tragedia. Por sus oficios, el de Léniz consigue que un teatro la contrate para hacer un papel mudo en un estúpido vodevil. Pero Sophie le esconde que dispone ya de “protector” en la persona de un inspector municipal de higiene. Al enterarse éste de los manejos de Edmundo con su querida, le insta a abandonar París en el plazo de una semana. El joven responde al ultimátum con un billete en estos términos: “Sr. Inspector: Más le valdría ocuparse, en aras a sus obligaciones profesionales, de lo que se llevan a la boca los parisinos. A tal efecto, le sugiero que comience por su maravillosa esposa. Distinguidos saludos”.

A la madrugada siguiente, los dos hombres se encontraron para batir su honor. De haber sido nuestro paisano el perdedor, nada hubiera cambiado con seguridad para el influyente funcionario, pero sucedió lo contrario. El “protector” de Sophie cayó gravemente herido o quizá muerto, y, esta vez sí, Edmundo debió abandonar a toda prisa la ciudad y el país.

Su pista se pierde durante algunos años, hasta que en 1892 reaparece en San Sebastián (donde puede que estuviera desde antes, aunque él lo oculta en su escrito). Propone al impresor Baroja la



traducción de una novela de su amigo Barrès (posiblemente *Bajo la mirada de los bárbaros*), y se erige en modelo de distinción entre los frequentadores de las arcadas de la Plaza Constitución. No era esa la intención de Edmundo cuando buscó refugio aquí, sino “pasar inadvertido” (disparatado propósito en un hombre como él), pero en la Bella Easo reinaba a la sazón un esnobismo afrancesado que pedía a gritos una autoridad de contrastada experiencia en la materia. ¿Y quién mejor que Edmundo, recién llegado de la capital de la elegancia?

Allá donde fuera, se rodeaba de lo más granado de la sociedad; pero, paradójicamente, en sus tratos amorosos sentía debilidad por muchachas sin especial prestancia ni condición. En San Sebastián tenía habitación en una casa de acreditada moralidad, regentada por una viuda con una única hija, aún menor, hermosa aunque algo lánguida y tristonca, a la que el huésped se ofreció como maestro de francés. Arrobadada la mozuela con las historias parisinas que contaba Edmundo, por su mirada distante y su artificiosa cojera, para cuando la viuda empezó a sospechar de la excesiva duración de las clases, se había consumado ya el estupro. Civilizadamente planteado el problema, ofreció él cierta cantidad de dinero “en reparación” y solucionar lo demás como en aquellos días se hacía (no faltaban orfanatos en San Sebastián). Pero la voluntad de la posadera era otra: debían casarse de inmediato, o denunciaría a Edmundo a la justicia.

En una carta a sus amigos de París, el guipuzcoano expresaba un “sentido cariño por la chica, pero no tanto como para ponerme a

mi edad (28 años) a trabajar”. Optó por aceptar el matrimonio para ganar tiempo, y al poco se esfumó sin dejar huella. Ante el temor de que la denuncia se hubiera operado y alguien le estuviera buscando en los ambientes parisinos, se mantuvo a distancia de la antigua Lutecia hasta que se sintió completamente seguro.

En los albores del siglo conocerá sus años dorados. Pertrechado de experiencia y de buenas amistades, y con los beneficios de un oscuro negocio que le enriqueció, Edmundo Razquin se exhibe en los palcos de la Opera y acaudilla un popular círculo de *snoobs* en los restaurantes de Montparnasse. Reseñable es la anécdota de sus públicas ofensas al patriarca del naturalismo literario, Émile Zola, al que escupió en el ambigú del Teatro de la Puerta de San Martín: “J’accuse, j’accuse...! Je vous accuse, monsieur Zola, de n’avoir point d’esprit!” (¡Yo acuso, yo acuso...! ¡Yo os acuso, señor Zola, de carecer de ingenio!). Gustosamente pasó la noche en calabozo, pues la impertinencia le reportó a cambio gran renombre.

Con la misma facilidad que hizo fortuna, se arruinó en un abrir y cerrar de ojos. Y puesto que un hombre de su posición no podía plegarse a limitaciones de tal índole, el bello Edmundo contrajo matrimonio con una acaudalada viuda treinta años mayor. En los mentideros de la *rive droite* corrió el rumor de que Madame de Lessep, nombre de la vieja dama, y Edmundo firmaron un acuerdo por el que aquélla se aseguraba una *hermosa compañía* para sus últimos años, al precio de una pensión anual y la promesa de que Edmundo heredaría universalmente cuando ella falleciese; el galán,





en contrapartida, se comprometió a salvaguardar exquisitamente la reputación de su esposa (lo que no fue obstáculo para promiscuos devaneos e incluso para mantener relaciones “oficiales” con señoritas, siempre con el debido decoro). Lo que nadie ponía en duda es que la señora y el ya casi cuarentón formaban una pareja extraña y casi perfecta: compartían el cínico desapego hacia la naturaleza humana e idéntico culto por la artificiosidad; ambos eran consumados mentirosos, maestros del ardid y muy aprensivos contra cualquier forma de intimación que rebasara lo estrictamente razonable.

En el verano de 1909 reencontramos a Edmundo en Fuenterrabía, acompañando a unos amigos franceses a los que sirvió de guía en un viaje por la península. Por lo que más tarde se verá, fue descubierto por personas que conocían sus antiguas andanzas en San Sebastián, comunicando la noticia donde menos convenía a los intereses del impertinente.

Tras visitar Salamanca, Toledo, Madrid, Granada y Sevilla, conocen a cierto militar español que les ofrece descansar unos días en su quinta a las afueras de Córdoba. Ignoramos los detalles que motivaron el sorprendente desenlace de aquella estancia (incita a suponer que Edmundo se inmiscuyó en faldas ajenas, pero ésto no pasa de simple conjetura): nuestro héroe lidió en tierras andaluzas su segundo (que sepamos) duelo a muerte, del que fue a parar a una penitenciaría. Sólo los buenos oficios del cónsul francés –barruntamos que alentado por Madame de Rasquin– consiguieron, casi un año y medio después, que Edmundo pudiera ganar París.



A partir de entonces su vida entra en una fase sombría. En el otoño de 1911, alguien le intenta asesinar a plena luz del día en las proximidades de la plaza de la Nación. La descripción del criminal facilita su inmediato apresamiento: se trata de su propio hijo –nacido dieciocho años antes de su relación con la hija de la patrona en San Sebastián–, de nombre Ignacio. Desde su paso por Fuenterrabía, el chico le había seguido el rastro buscando la ocasión de vengar todo el sufrimiento que Edmundo causó a su madre (“muerta de tristeza”, decía). Retira la denuncia, pero Ignacio sale de prisión gravemente enfermo de tuberculosis. Durante su traslado a un hospital de montaña, el muchacho expira.

A este golpe se añade otro, ya definitivo, cuando su esposa fallece y el testamento descubre que no contaba mayor patrimonio que un sinfín de deudas. Edmundo marcha a vivir a una mugrienta casa de huéspedes cerca del mercado central. Es un hombre abatido y decadente.

Los antiguos amigos le abandonan (no así Barrès, coronado ya con los laureles de escritor de prestigio y campeón del nacionalismo enérgico); frecuenta los lugares más sórdidos de la ciudad y escribe unos “Souvenirs” fantásticos e impertinentes, cuyo escaso valor literario compensa un desbordante egotismo. Y si ha marchitado en belleza, no puede decirse lo mismo de su arrogancia, que le permite pasearse sin rubor por las Tullerías del brazo de reconocidas prostitutas de los *Halles*.

A todo el mundo que se para a escucharle informa de la inminencia de una guerra tan terrible que “hará falta fundir la Torre Eiffel para forjar cañones en defensa de Francia”. Se las da de vidente también para anunciar la fecha de su segura muerte y hasta la hora en que se produciría: “Vivir menos de 50 años es una dejación; vivir más, una falta de elegancia”, clama a los cuatro vientos.

Por razones y con medios que no pueden precisarse, en el verano de 1914, a los días de estallar la Gran Guerra que él augurara, llega a San Sebastián con un importante capital en el bolsillo. De inmediato toma contacto con la buena sociedad de veraneantes, está presente en todas las recepciones, y por unos días parece recuperar su perdido esplendor.

En un balneario de las proximidades, organiza su propia fiesta una noche de finales de agosto. Asisten unos pocos pero selectos invitados, convencidos de que el estrafalario Edmundo era el más dotado para brindar una “encantadora y original velada”. Y, en efecto, lo hizo. A medianoche, Edmundo se pegó un tiro en presencia de todos. Iba a cumplir 50 años.

Dado que la situación resultaba incómoda para los distinguidos testigos, y que no se le conocía familia ni lazos íntimos, se mandó enterrar su cuerpo de forma anónima. Durante décadas, una férrea conspiración de silencio rodeó aquella “encantadora velada”. Pero la memoria del *beau* Razquin siguió latiendo. Impertinentemente.





MARIA DE ZOZAYA

PARTERA DE LOS MONTES

Mártir descristianada, hechicera del espanto, chivo de un terror amorfo... Tantas definiciones cabrían de ella sin faltar a la verdad, que nos quedaremos con esta, más pictórica y retórica: partera de los montes. Nada de colosal –y menos aún de *supranatural*– esconden bajo su máscara nuestras antiguas brujas; sí hallaremos en cambio jirones, sólo jirones de una rotunda miseria que sirvió de humo contra la angustia de nuestras comunidades. Digámoslo ya, para desconsuelo de videntes y espantanublados: María de Zozaya, como todas aquellas desgraciadas *sorguinas* que alimentaron las hogueras del Santo Oficio, no tuvo otra culpa que su vejez y su pobreza, ni poderes extraordinarios distintos a los que el miedo aguza en las situaciones límite. El proceso de Zugarramurdi fue un parto de los montes, como un delirio de muerte.

Por ley o por calamidad (o quizá por ambas cosas a la vez), las comunidades humanas deben periódicamente “purificarse”. Es un principio fatal que nace con la especie, derivado del dramático vasallaje a un sentimiento que en buena parte nos define y distingue del resto de las criaturas: el miedo.

El ritual catártico resulta tanto más aconsejable cuando la angustia y la sensación de fracaso colectivo amenaza con obstruir al cuerpo social, cegado por una ira que precisa de objetivos para vaciarse. Líderes políticos y religiosos lo saben como nadie: quien, por negligencia o escrúpulo en la hora, ignore este torrente de lava, acabará hundiéndose bajo su indómita presión.

Antes o después, hay que elegir al azazel. La víctima: unas veces la distinguiremos por su color o raza; otras por su religión; comúnmente, por su condición social de marginado, por su educación o moralidad, por su nacionalidad u origen...

La expiación de las culpas propias a través de un chivo –un *otro* diferenciado, por cualesquiera razones distinto y distante–, es el remedio por excelencia para espantar ese miedo sin forma instalado en lo más profundo de nuestra condición, y que a menudo nos impone un extrañamiento a través de lo orgiástico y lo horrible: nos impone la destrucción de todo límite.

Ninguna época ni sociedad escapan al estigma, por más que nos empecinemos en creer que la soberanía de la razón (o mejor, su

dictadura) pueda conseguir y de hecho esté logrando colonizar los desiertos de lo innombrable. Miremos detenidamente a nuestro alrededor y respondamos con honestidad: ¿existe potencia capaz de frenar la erupción de nuestras pulsiones, una vez que éstas rompen las tibias cadenas de la cultura?

* * *

Este relato nos sitúa en el corazón de la infamia. El escenario es sobradamente conocido: los procesos de brujería en los valles del Pirineo navarro.

La renteriana María de Zozaya contaba 80 años cuando le cupo el honor de encabezar la lista de los condenados en el, tal vez, más espeluznante auto de fe de la historia. Le acusaron “por haber sido famosa dogmatizadora de brujos”. Era la única guipuzcoana de los once “relaxados” (entregados a la justicia secular para su ejecución en público), a quien sólo una temprana muerte en los calabozos secretos de la Inquisición libró de servir de pasto a la fogata.

Con la visión torticera que caracteriza a la modernidad en su interpretación de los períodos precedentes, se ha vinculado la imagen de la bruja ardiendo sobre la plaza a la “remota y tétrica” Edad Media. Sin embargo, este como muchos otros pavorosos crímenes que no hace al caso repasar, sucedieron en el corazón de la Edad Moderna. Puntualicemos, pues, para quien todavía ande enmarañado por esta “superstición”, que los grandes procesos contra la bruje-





ría vasca se sitúan en un momento de la historia en muchos sentidos cercano al nuestro: concretamente, entre finales del siglo XVI y comienzos del XVII.

El gran proceso a las brujas de Zugarramurdi (que así se ha llamado, pese a que la archifamosa cueva jugara un papel episódico en las declaraciones de los inculpados), se celebró en Logroño el año 1610. Por entonces, Kepler se ocupaba en sentar las bases de la astronomía moderna, Shakespeare estrenaba sus obras de madurez, y Miguel de Cervantes preparaba la segunda parte del *Quijote*. En Guipúzcoa, la colonización americana y la apertura de los ricos caladeros de Terranova empezaban a atraer capital para acometer la construcción de las primeras grandes casas consistoriales, caso de Rentería y Cestona.

El XVII fue un siglo calamitoso en que el apocalíptico triunvirato “hambruna, enfermedad y muerte” asoló la península. Y, como siempre, la necesidad de *purificar* al cuerpo social lacerado exigía víctimas. Por ello, casi a la par que se encendían las piras inquisitoriales en Logroño, se decretaba la expulsión de los moriscos de España.

En tierra vasca, una pinza de ángeles exterminadores batieron el país cosechando denuncias de brujería. Al norte, el parlamento de Burdeos comisionó al infausto Pierre de Lancre para acabar con la plaga: durante varias semanas, este vasco enemigo de los vascos, fue amojonando los caminos de la Baja Navarra con pavesas y



ceniza. La matanza fue atroz, salvaje e injusta. Más de cuatrocientos inocentes perecieron.

Pero los historiadores franceses (tan duchos en descubrir la mota de paja en el ojo ajeno), han considerado a Lancre como un tipo de mérito, acaso un poco bruto, pero progresista y hasta simpático. Así lo describió el notable Jules Michelet: “Este bordelés, amable magistrado, el primer tipo de aquellos jueces mundanos que alegraron la toga en el siglo XVII, toca el laúd en los entreactos y hace bailar a las hechiceras antes de quemarlas. Escribe bien; es mucho más claro que todos los demás”.

Probablemente menos ufanos, cosmopolitas y folklóricos, pero sin duda con un sentido superior de la justicia, dos inquisidores, Valle Alvarado y Alonso Becerra, casi al mismo tiempo que Lancre recorrieron la Montaña de Navarra rastreando focos de brujería que, por contagio o generación espontánea, se habían alertado al sur del Pirineo. Sus pesquisas les conducen por los valles de Salazar, Roncal, Roncevalles, Bidasoa y hasta el vientre mismo de Guipúzcoa: Fuenterrabía, Rentería, San Sebastián, Urnieta...

En casi todos los pueblos se consignan denuncias, curiosamente siempre apuntando contra mujeres, la inmensa mayoría viejas, y contra algunos hombres de condición humilde: pastores, labradores, molineros... Aunque tampoco faltan entre los más de 300 sospechosos algún sacerdote, seroras, una niña de siete años y cierta dama de abolengo. La fiebre delatora va creciendo mientras

corre la noticia de que los agentes del Santo Oficio andan de cacería sectaria. Basta que alguien señale a un sospechoso, para que las turbas le detengan y sometan a tormento hasta que certifique su culpabilidad. Una vez recogido el testimonio, se le entrega al “brazo purificador”.

La crónica de aquella caza de brujas, en su paroxismo, se asimila a las composiciones de El Bosco por el absoluto negativo de la disolución. Hombres reducidos por el odio a un estado casi animal, la dignidad pisoteada, la violencia como única verdad, venganza, dolor sin forma... Por suerte los inquisidores, a diferencia del francés Lancre, tenían potestad para torturar pero no para ejecutar a los acusados. Sólo así se evitó que la carnicería se repitiera también a este lado.

En Rentería, María de Zozaya fue enseguida señalada y presa. Al principio la vieja se negó a confesar. Pero una ex bruja redimida, con un ligero escudriñamiento en su ojo izquierdo, desarrolló la defensa: sobre aquel blanco esclerótico ondulaba el reflejo de un sapo, símbolo secular del espíritu demoníaco. Varias horas de suplicio corporal y María se abandonó a sus verdugos.

Punto por punto, María satisfizo con lujosos detalles la encuesta-modelo que los inquisidores de Logroño empleaban en los interrogatorios a sorguinas. Conviene repasar algunos extremos de su fantástica deposición.





Siendo niña, una “maestra” intentaba persuadirle para que le acompañara a conocer a un dios superior al de los cristianos. Ella se resistía, pero una noche el Demonio y la mujer se la llevaron. Luego, empezó a asistir a akelarres, cumpliendo con el diabólico ritual de “untarse”.

Acabó convenciéndose de que “aquel señor malo era dios y que la podía salvar”. Desde entonces sólo a él adoró, a pesar de que, para cubrir las apariencias, llevaba una vida de perfecta cristiana. Ahora bien, como sus comadres ella también sufría alucinaciones cuando el sacerdote alzaba El Santísimo en la misa, por lo que el Diablo le recomendó que no mirara y “dijese todo el mal que pudiese en abominación de la hostia, porque no era más que si alzasen y bajasen un palo”.

Por supuesto, criaba sapos en casa, a los que sacaba agua a base de azotes para la olla del akelarre. Y como María oficiaba de cocinera, a menudo los demás brujos se impacientaban demandándole: “Huésped, ¿por qué no nos dais de comer?”. A lo que ella respondía: “Pobrecita, que más lo querría para mí que para vosotros”.

Dada su veteranía (ostentaba el título de “bruja mayor”), María estaba facultada para buscar sapos, culebras y sabandijas con que elaborar los ungüentos y polvos. Pero esto no hubiera sido posible sin el auxilio físico del Demonio y sus criados, ya que con frecuencia aquellos bichos sólo se encontraban en el fondo de las cavernas o en lo más hondo de la tierra. Así que éstos le ayudaban a levantar



tar piedras, cavar fosas, etc. Terminada la faena, iban todos a casa de María y allí cocinaban los ponzoños brebajes.

Con ellos, la renteriana envenenaba regularmente a las personas que le importunaban. Por ejemplo, cierta vez encargó a una costurera un vestido holgado, pero ésta se lo confeccionó muy prieto. Contrariada, María metió “polvos mortíferos” en una pera que dio a comer a la torpe modista, quien a partir de ese día “se fue secando y al cabo de seis meses murió”.

En los akelarres se cenaba carne de brujo muerto, bien cocida o bien cruda. Confiesa que no siempre le sentaba bien, y más de una noche padeció vómitos al regresar a casa. Cuando sobraba comida en el festín, se lo llevaba para almorzar al día siguiente con sus amigas sectarias, pues las calchonas también se reunían a la luz del día para tratar sobre la forma de “ir a hacer daños y buscar sabandijas”.

En su relación con el Diablo había una dimensión erótica a la que ella no hacía ascos: primero acostaban a los sapos, y luego tenían “actos carnales”. Pero aclara que el Demonio, como buen amante, apreciaba algunas noches estarse “acostado en la cama con ella hasta el amanecer, y se hablaban, abrazaban y besaban”.

Como guinda al catálogo de “tantas y tan grandes y espantosas maldades”, María relata que cuando el párroco de Rentería salía a cazar, el demonio la transformaba en liebre a fin de que pudiera

divertirse volviendo locos a los galgos y al propio abad que, de este modo, lo único que cazaba era un enfado morrocotudo.

Concluido el proceso y redactadas las sentencias, María apareció a la cabeza de los condenados a muerte, por encima incluso de sus *homólogas* navarras. Falleció en las mazmorras del Santo Oficio y, al no contar con el cuerpo para el auto, se quemó su memoria por medio de una estatua. Ante 30.000 personas, cinco de los once sentenciados a la pena capital (los restantes perecieron en las mismas circunstancias que nuestra paisana) fueron devorados por el fuego *purificador*.

Al cabo de dos años, la propia Inquisición, a través del licenciado Alonso de Salazar y Frías, reconoció la inocencia de todos los condenados en el proceso de brujería del año 1610. Tras una exhaustiva investigación sobre el terreno, Salazar declaró: “Considerando todo lo anterior con toda la atención cristiana que estuvo en mi poder, no hallé las menores indicaciones por las que inferir que se hubiera cometido un solo acto verdadero de brujería”.

Al otro lado de los Pirineos, en esos mismos días, Pierre de Lancre, el ángel exterminador de Lapurdi, preparaba un libro que le granjearía definitiva fama: un tratado de brujería para demostrar “hasta qué punto el ejercicio de la Justicia en Francia es jurídicamente correcto y con mejores procedimientos que en los restantes reinos”.





LOPE DE AGUIRRE

LA JORNADA ABSOLUTA

Firmaba *el Peregrino* porque no hizo otra cosa en su medio siglo de tránsito. Antes de darse a conocer, aún joven, le supondremos peregrinando con la imaginación al hilo de los relatos, mil veces oídos, de terribles batallas que purpuraron el suelo guipuzcoano con sangre de padres, hijos, y aun nietos y biznietos engolfados en un odio fundador. El niño Lope, como uno más, soñaría con la gloria que sólo la espada atraviesa. Porque también él era de Oñate, y en el mundo nunca faltarían Gamboas que combatir. Desde entonces y hasta aquel lunes víspera de San Judas en que la muerte le rindió pleitesía, Lope peregrinó. Siempre nos sorprenderá en “el loco Aguirre” su explosiva mezcla de obtusa crueldad y de lúcida percepción del sentido de sus pasos. Aunque, bien pensando, ¿qué otra cosa podemos esperar de quien camina a pie firme con la vista puesta en un horizonte sin líneas?

“**L**ope de Aguirre, tu mínimo vasallo, cristiano viejo, de medianos padres, hijodalgo, natural vascongado, en el reino de España, en la villa de Oñate vecino, en mi mocedad pasé el mar Océano a las partes del Pirú, por valer más con la lanza en la mano, y por cumplir con la deuda que debe todo hombre de bien: y así, en veinticuatro años, te he hecho muchos servicios en el Pirú en conquistas de indios, y en poblar pueblos en tu servicio, especialmente en batallas y reencuentros que ha habido en tu nombre, siempre conforme a mis fuerzas y posibilidad”.

Con estas palabras se presenta Lope de Aguirre ante el rey Felipe II en la carta que le escribiera para denunciar su mutua traición. Hermoso texto, sobre todo *soberbio*, en el que un veterano de los ejércitos de Su Majestad delata, negro sobre blanco, la ira de los conquistadores desengañados (lo que era secreto a voces, pero que hasta entonces ningún vasallo habíase atrevido a espetar al monarca ungido por la divinidad). Y eso –virtudes literarias al margen– es algo que “hace historia”.

El nombre de Lope figura simplonamente asociado a la utopía de Eldorado, por culpa de tantos sedimentos literarios como lo han apelmazado de lírica, mítica y burlería. Pues Eldorado fue tan solo una anécdota en la crónica general. O quizás algo más: la escenificación de una entelequia llamada las Indias. Ni existía Eldorado (ya todos lo sabemos) ni América era la tierra de promisión de los perdedores (creo que también estamos al día). Los colonizadores del Perú, o Pirú como a la sazón se decía, fueron los primeros en pade-

cerlo más que en comprenderlo. Y entre ellos, nuestro paisano Aguirre.

Desde mediados del XVI, el Perú ardió como un polvorín de marginados, de soldadesca vengativa frente una nueva clase social, los llamados “vecinos”, que se enseñoreaba de los beneficios ganados a costa del sudor y la sangre de aquellos parias. Cientos, miles de hombres con sus familias vagaban de un lado a otro buscando un terruño o una encomienda que diera justificación a la arriesgada jornada que les llevó más allá del finibusterre. Entre la jerarquía dominante –monarquía, aristocracia, clero y funcionarios–, y la población autóctona de “negros” esclavizados, una informe masa de colonizadores sin dios, patria ni rey confiaba en una conquista azarosa o en un privilegio graciosamente emanado por méritos de guerra para mudar su suerte.

A esta dermis cancerosa pertenecía Aguirre y la mayor parte de sus marañones. No así el hermoso y talentado Pedro de Ursúa, baztanés de buen linaje y entusiasta promotor de la expedición. Pedro era un elegido, aunque nadie le regaló nada. Desde joven, casi a la misma edad que Lope, embarcó para las Indias con el tópico propósito de hacer carrera de armas. Iba bien apadrinado, y puesto que al chico no le faltaban arrestos, en unos cuantos años se especializó en el sofoco de levantamientos indígenas. Varias fueron sus pruebas, hasta culminar en el famoso aplastamiento de los cimarrones de Panamá. En gala de diplomacia, Ursúa hizo amistad con el jefe rebelde, Bayamo, excusándose por el incivil comportamiento de los





españoles. En acto de reparación, invita a un fastuoso banquete a todo el estado mayor cimarrón, cargando pérfidamente de ponzoña las copas del brindis. Bayamo se desmorona sin necesidad de malgastar un puñado de pólvora cristiana. No nos escandalicemos: había antecedentes similares, y además era sabido que la “palabra” del conquistador valía menos que un maravedí en las tripas del Amazonas. Tras esta brillante gesta, Ursúa obtuvo autorización para embarcarse hacia Eldorado.

Pero además hacía falta dinero, y Ursúa no se andaba con remilgos. Lo sacó por las buenas y por las malas. Así, a un clérigo que prometió cierta cantidad y que después se retrajo, el navarro lo mató “por avaro” y se embolsó, amén de la suma prometida, todo el resto de la talega. Hubo quien pronosticó que, trenzada con estos mimbres, la aventura de Eldorado no acabaría bien para Ursúa. Acertó de pleno.

Y es que no solamente las previsiones de un país sembrado de oro fueron disparatadas; para colmo el chulesco Ursúa osó acompañarse de su concubina de turno, una tal Doña Inés, hacia la que mostraba un desvelo que eclipsaba a los trescientos hombres y al objetivo mismo de la campaña. En su tienda no faltaba de nada, y los demás se apañaban en la escasez; el tino o desatino de los guías le importaba menos que el bien estar de su dama y la correcta digestión de su estómago. “Hechizado” por la hembra, al decir de la tropa, e inepto para escuchar el odio que a su alrededor se rumiaba –odio de infantes cansados de años sin premio y de guerras sin cuartel–, bas-



taron tres meses de marcha para que el hastío general reventara contra el patrón.

¿Cómo pudo olvidar Ursúa que entre aquellos hombres había protagonistas de rebeliones, venganzas y asesinatos contra los funcionarios del Rey? Así en su currículo, Aguirre se presentaba como actor de una sublevación de la que fue amnistiado a cambio de participar en el apagón de otra, varios años perseguido por el acuchillamiento de un juez, y últimamente enrolado con Ursúa por ver si al fin hallaba fortuna o perecía de una vez en el intento.

Antecedentes semejantes compartía el resto de los marañones. Hombres sin hogar y sin esperanza, nostálgicos de una tierra natal a la que ya no habrían de volver y ante un porvenir de vana sangre y estéril codicia. Probablemente no creyeran en Eldorado ni el primer día de navegación. (¿En algo creerían?). Pero debían seguir... debían peregrinar.

Como buen caudillo de los tiempos sombríos, Lope de Aguirre supo encauzar este trágico cortejo contra Ursúa primero, luego contra su sucesor Fernando de Guzmán, y más tarde contra todos los que se interpusieran entre su deforme cuerpo y el sol, o, sencillamente, mostraran tibio entusiasmo en el suicidio colectivo. Una vez acuchillado el baztanés, Lope apeló al realismo para desviar el rumbo: puesto que era inútil dirigirse hacia la nada, mejor peregrinar hacia un lugar en la historia –propuso con éxito.

Entonces comienza la alucinante expedición que, en pleno delirio, aspiraba invadir el Perú entero. Apenas trescientos hombres para un país que duplicaba la extensión de España. Contando, claro está, con que miles de compatriotas encanallados se unirían a los insurgentes en cuanto hincaran su negra bandera en tierra firme. ¿Por qué no?

En medio, recordemos el episodio grotesco de Fernando de Guzmán, reconocido glotón sevillano coronado Rey del Perú a propuesta del oñatiarra, repartiendo la piel a trozos antes de cazar el oso: para unos, tierras y condados, para otros mujeres de “vecinos”, para todos privilegios de pobres diablos que ayudaran a soportar el peso de los días. ¿Qué hubiera sido del éxito de aquella lunática tropa? No lo sabemos, pero como irónicamente afirmaba Busca Isusi, lo que es seguro es que hoy “en lugar de Bolivia, tendríamos Aguirria”.

No sucedió tal; muy al contrario, el traidor Aguirre fue colgado en la picota de la historia con apoyo moral y documental de una serie de cronistas que participaron en el viaje. Para limpiar sus nombres, media docena de plumíferos redactaron maniqueos e interesados informes según los cuales Aguirre, viva encarnación del Mal, con el único apoyo de una pequeña cohorte de compinches, tiranizó al resto de la tropa (entre 200 y 300 “inocentes”), que bastante hicieron con salvar sus pellejos. En lectura atenta estas crónicas no se sostienen, y nos llevan por contra a pensar que fueron muchos, casi todos de uno u otro modo, los que colaboraron con el caudillo marañón desde primera hora.





Las deserciones en masa se aplazaron hasta que se hizo explícito el objetivo absoluto de Aguirre. Comprendiendo que no sólo no podrían conquistar ni un miserable trozo de suelo para vivir en paz, sino que además el acto de traición al Rey habría de costarles la cabeza, muchos se dieron a la fuga a tiempo de proclamar inquebrantable fidelidad al más fuerte, o sea al ejército “real”. Lope fue quedando cada vez más solo al frente de una compañía de cadáveres. Agudo y mordaz, advierte a sus enemigos: “Los que vinieren contra nosotros, hagan cuenta que vienen a pelear con los espíritus de los hombres muertos”.

“Y caminando nuestra derrota, pasando todas estas muertes y malas venturas en este río Marañón...”, el Peregrino va consumiendo uno a uno los pasos que le conducirán a un lugar sin nombre. Caminando su derrota, como dice, *el Peregrino* desafía incluso a los cielos en su portentoso desgarró: “Dios, si algún bien me has de hacer, agora lo quiero, y la gloria guárdala para tus santos”.

Línea a línea, palabra a palabra, aquella aventura nos hace sentir el olor de la muerte, un hedor absoluto, único, que lo impregna todo. Olor que por capricho del hombre unas veces es mérito de gloria y otras de condena. Y el traidor razona: si “la cumbre de la virtud y nobleza alcanzaron nuestros mayores con la espada en la mano”, ¿qué diferencia hay entre matar cimarrones y “negros”, o matar españoles y cristianos?

Aguirre, en su absoluta jornada, no podía permitir que nadie se rezagara. Aquel Lorenzo de Zaldueño con quien intrigó la muer-



te de Ursúa, se encapricha de Doña Inés y cae en la trivialidad del sexo. El guipuzcoano se ve obligado a arrancarles los cuajos a ambos. Después su tocayo Juan de Aguirre, inspirador del asesinato de Fernando de Guzmán, pierde fe en la estrategia y amenaza con desertar: también a su pesar, debe hacer una pelota con su cabeza.

En los últimos días de aquel octubre de 1561, a su lado sólo quedan dos amores a los que observa la mayor de las ternuras: una, por supuesto, su hija Elvira, la pequeña mestiza, sol de su vida; otro, el joven Antoñico, su más fiel servidor y probablemente el único que compartió la belleza del abismo al que el sediento Aguirre proponía abocarse. Ambos le acompañaron hasta el final y se zambullieron a su lado.

Y eso, porque no hubo Mano ni Voz de las alturas que detuviera a Aguirre cuando se disponía a dar el último abrazo a su hija: el calor del padre sobre el pecho, se fundió con el frío metálico en el vientre de la muchacha. Y puesto que nadie desde lo Más Alto quiso ahorrar el sacrificio, Lope cometió el acto más sagrado que han visto los siglos. La muerte de Elvira de Aguirre fue expresión de un amor al que la vida no pudo poner barreras. Sólo un padre indigno hubiera abandonado a su niña naufragando en ese fango: “Porque la relación es falsa, y no hay en el río otra cosa que desesperar”.

Antes mismo de que lo descuartizaran, el pobre cuerpo de Aguirre estaba ya mutilado: cojo al servicio de Su Majestad, contrahecho de tanto cargar con armas de apoyo a la Verdadera Fe, insom-

ne desde las primeras batallas, la mente extraviada de peregrinar sin motivo... Lo que siguió fue simple cirugía política. Su mano derecha se mandó a Mérida, la izquierda a Valencia, y la cabeza en una jaula de hierro a Tucuyo, “donde fue puesta en el rollo”. Digno tratamiento de santo, con sus miembros esparcidos como reliquias por todo el continente americano, para un Lope que conoció la infamia sin matices (infamia que en asuntos humanos llega a parecerse a la dignidad sin matices).

“Tengo yo –decía– que no hay más que nacer y morir”, añadiendo en otro lugar que “estando vivo ya sé que ardo en los infiernos”. Vida y muerte, infierno y nada, todo era uno y contradictorio en aquel confín de la tierra adonde Lope navegó para escribir una de las páginas más escalofrantes de la historia de la humanidad.

Condenámosle con nuestro juicio sosegado, porque con hombres así no hay construcción ni progreso, todo arde en la hoguera de la desesperación.

Pero le perdonamos porque en su traviesa figura percibimos un trozo de nuestro más hondo dolor, de nuestra angustia más secreta. Y hasta envidiamos a Lope porque él, a diferencia de muchos de nosotros, pudo “perderse, por tener con qué perderse”.





JORGE OTEIZA

HIGADO DE PROMETEO

Cuatrocientos, cuatro mil o cuarenta mil. Años sin medida en que Prometeo, el amigo de los hombres, permanece encadenado a un abismo caucasio. Cada noche, un águila voraz aguijonea su hígado. Prometeo aúlla de dolor, pero nadie escucha. Purga castigo por enseñar a los hombres lo que jamás debieron saber: lo Imposible, la Ausencia, el Vacío, la Necesidad... Y por mostrarles las artes indispensables para sobrevivir en ese páramo, Prometeo paga condena de desfachatez. El hígado que se consume, vuelve a crecer. Un tormento ilimitado. En sus ratos de reposo, cuando la sombra del águila deja un resquicio de luz, el hígado de Prometeo horada la roca del Cáucaso y hace con ella un mausoleo a lo indecible.

El hígado de Prometeo nació en Orio y vive en Zarautz.

Algún día, cuando los vascos alcancemos uso de razón, se dirá de Jorge Oteiza que fue el más grande de nuestros artistas en todos los tiempos. No sucede hoy: el viejo es trueno contra la conciencia embrutecida y relámpago sobre los sueños sofocados por decreto funcional.

* * *

No se ha insistido suficientemente en que la mayor aportación de Oteiza a Euskadi, no es tanto su obra artística como su pasión por esta tierra, a la que ha dado todo a cambio de casi nada.

Siendo todavía joven, en la Bienal de Sao Paulo entra a formar parte de la élite de la escultura moderna. Se abre ante sí ese camino ancho con el que sueñan todos los artistas. Pero él lo desdeña. Prefiere regresar a casa e impulsar el Renacimiento del Arte Vasco.

Nadie se lo ha agradecido. Ni siquiera ahora, cuando es ya del dominio público que el error de su vida fue volver.

* * *

El siglo XIX termina en Euskal Herria –artísticamente hablando– con Jorge Oteiza. O, de otro modo, comienza con él el XX; e incluso –a estas horas puede decirse ya– el siglo XXI...

* * *

En América, JO maquillaba cadáveres para que llegaran a su última morada “exquisitos”. Pero, de vuelta a Euskadi, se negó a acicalar el despojo de la cultura vasca. No todos pueden decir lo mismo.

* * *

Presencia de la ausencia. En escultura, como en filosofía o en ciencia, el XX es el siglo del Vacío y del Silencio. Unos pocos han franqueado sus límites, para que todos podamos sondear la profundidad del abismo.

* * *

Encuentro para la posterioridad: a bordo de un navío, Eva Duarte, *starlette* de segunda fila, y JO, apóstol del movimiento “Encontrista”, entablan una oscura relación que dura lo que las singladuras.

El fogoso vasco nunca dirá toda la verdad sobre su *flirteo* con la futura reina de los *descamisados*, pero deja ver en sus comentarios que, él antes que nadie, se imaginó a Evita soberana: de un reino de ignorancia.

* * *





Cuando apareció Itziar Carreño, formaron un *movimiento infinito*. Itziar, más que su mujer, es La Mujer, el misterio inagotable de la vida que le permitió permanecer niño.

Su pacto de sangre nunca se rompería. Y todavía hoy, Oteiza habla de Itziar como “el segundo dios de mi vida” (y aclara: “El primero es el crucificado, no Cristo”).

* * *

“Hice escultura para saber qué es la escultura, y cuando lo supe he dejado de ser escultor”.

Con el mismo principio, a sus 87 años intenta descubrir “qué es ser hombre”. Cuando lo sepa dejará de serlo... Tenemos Oteiza para rato.

* * *

El delicioso ilustrado J.I. Uría, nos participa una aguda reflexión: “Hay que ser un genio como Oteiza para convertir una obra de homenaje al pusilánime e hipocondríaco Mallarmé en su heroico y titánico Odiseo Vasco... con sólo plegar las puntas”.

* * *



El vizcaíno de *El Quijote*: el único personaje de la novela que toma en serio al hidalgo. El único que interesa a Oteiza. Nada nos ayuda tanto a conocer las honduras de un hombre como sus afinidades electivas.

* * *

Si aún no lo habéis hecho, subid a Aránzazu. Oiréis, sobre los peñascos caucasianos, el angustiado grito prometéico que se levanta contra “ese Dios que no existe”. La obra del artista más religioso de la historia. Por eso, se atrevió a espetar a Monseñor Antoniutti: “Aquí el verdadero obispo, el que entiende de religiosidad, soy yo”.

* * *

Ejercicio de imaginación. Tema: Euskadi sin Oteiza. Conclusión: carretera y manta.

* * *

El devorador de percebes, ostras y rodaballos (“el rodaballo entero, por favor”), es esencialmente anfibio. Reconstruir la primera cavidad, rehacer el espacio perfecto donde Todo/Nada cabe, le ha ocupado siete décadas.

* * *

La lección estética de Oteiza: un manual de ética. Lo que pasa es que muchos de sus intérpretes y lagoteros chapotean en “la superficie”. Ir más allá les causaría trastornos intestinales.

* * *

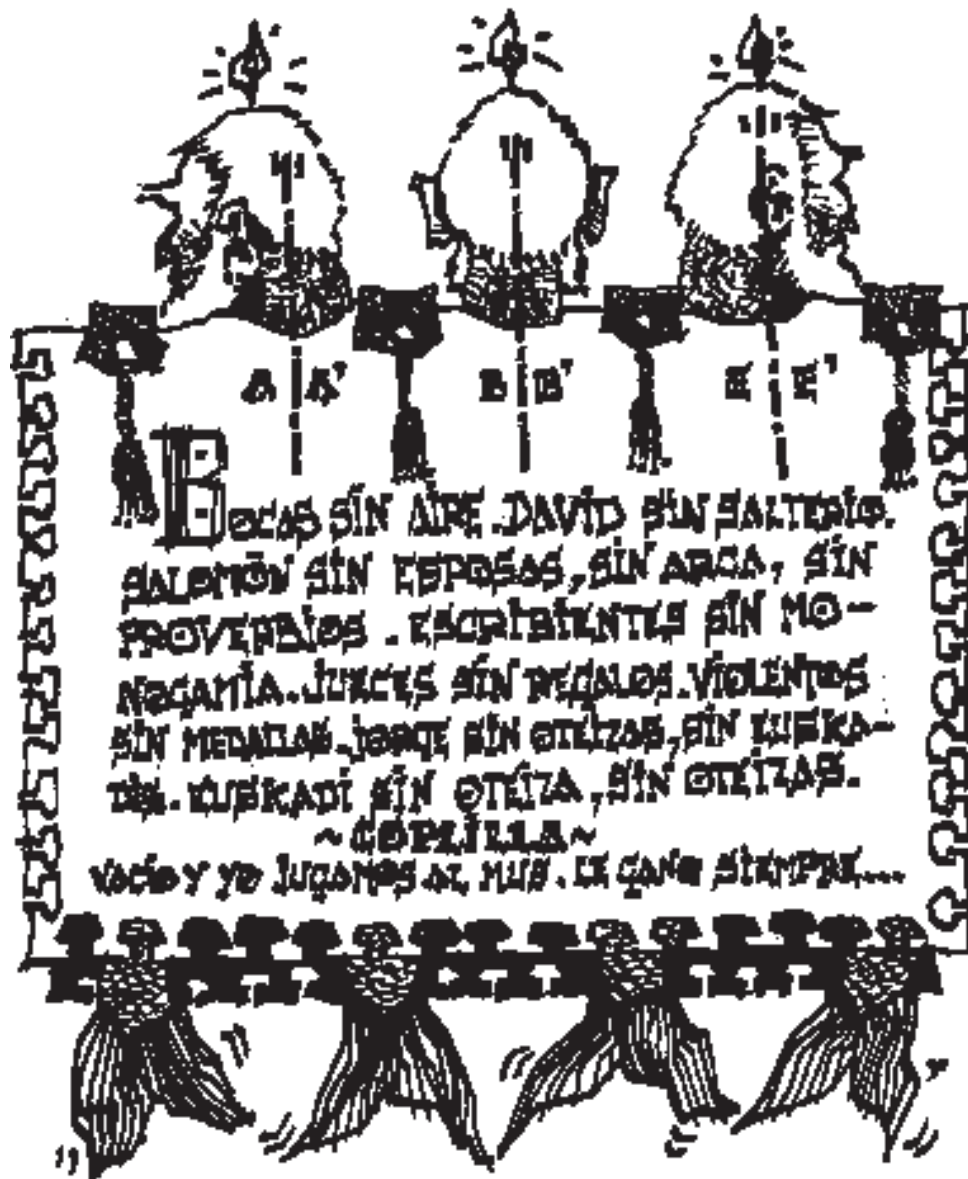
Asistimos a la preparación del emplazamiento para su última escultura en la Universidad renacentista de Oñati. Don Jorge estudia afanosa pero metódicamente: 1) la utilidad del lugar y el paisaje humano que le rodea; 2) la estructura del conjunto, dependencia por dependencia; 3) el espacio elegido, con detenido análisis de la posición del sol y demás fenómenos naturales; 4) los vértices (“nunca el centro, el centro no es vasco, sí lo es el rincón”); y 5) la posición dinámica que otorgará vida a la obra.

En una sola tarde, aprenderemos más que en cien tratados de estética, que en mil de ética, que en diez mil de sicología, que en cien mil de geometría...

* * *

Bajo su enorme vanidad, se apodera de méritos propios y ajenos con el descaro del superviviente. De lo único que no se envanece es de su propia obra: “La Historia de la Escultura está hecha por un solo escultor que cambia su nombre individual”. Considera, por tanto, ridículo que se hable de “originalidad” en su aportación. Lo único original, mientras no se demuestre lo contrario, es La Creación.





* * *

Quosque tandem...! Toda una generación de vascos amaneció a la cultura con este libro. Muchos de ellos *crepuscularon* posteriormente (¡hay que comer!). Pero, treinta años después, sigue siendo referente obligado para los que se empeñen en sumergirse hasta lo más profundo del “hecho diferencial”.

* * *

Hay artistas que miran a lo alto; otros, otean el horizonte. Como Tales de Mileto, el presocrático jonio, Oteiza de tanto mirar hacia arriba de vez en cuando se cae en los pozos.

* * *

Justifica la admiración que profesa hacia la figura de José Antonio Aguirre en que nuestro primer Lehendakari “sabía escuchar”. ¿Qué más debe pedirse a un líder?

* * *

JO, como un gran demiurgo, inaugura su obra (allá por los años de la República) con Adanes y Evas exiliados del Edén. Simios aturdidos por la conciencia de sí, del otro y de lo infinito. Los de las estampitas bíblicas, emparrados y sosos, no le interesaban. Y menos aún los del decorador vaticano, tan llorones como apolíneos.

* * *



“En nuestra tradición, la Nada es una afirmación religiosa y natural”. Tan lejos del “sentimiento trágico”, como cerca de la antropología estética, ¿cómo simbolizaríamos la historia de este doliente país?: dudo si con una letra (“O”), o con un guarismo (“0”).

* * *

Iconoclasta se llama a quien nunca interesó la belleza (“una patraña”). Inmoral a quien proclama la necesidad del odio “en pequeños ladrillos, para construir...”. Políticamente peligroso a quien defiende la necesidad de salvar primero al hombre y después a su idioma (“Si hemos callado espiritualmente, cualquier idioma nos sirve para seguir mudos”).

Por eso está aquí, entre estos once compañeros de penumbra. Aunque todos sabemos que, al cabo de los años (ojalá muchos), la figura de Oteiza entrará en el hemisferio soleado de nuestra memoria. Cuando deje de incomodar.

* * *

En la etimología atrapamos las ideas que encierran las palabras, casi siempre sobadas y capciosas. Por ejemplo, dicen los expertos que la raíz indoeuropea de la palabra “hombre” es la misma que *sed*. Y JO insiste en que “euskara” viene de *mano*.

En definitiva, “hombre eúskaro” vendría a significar: *Sed en la mano*.

* * *

Traición. Antónimo de fidelidad. La fidelidad no es una virtud al alcance de cualquiera. Habrá que explicárselo a Jorge uno de estos días. Y, utilizando las mismas palabras con que aquel ministro ruso intentaba justificar sus limitaciones ante el judío bolchevique, le diremos: “¡No puede exigirnos que seamos genios, camarada!”.

* * *

“Todos se critican entre sí, todos están enfrentados, pero todos me quieren. ¿Qué podría hacer yo para arreglarlo”. Así habla ante sus amigos este pedazo de cielo desplomado.

* * *

Al cumplir 87 años (“He cumplido tantas veces años que ya ni me preocupo”), Oteiza expresa su ciega fe en los niños, sólo en los niños. Y confía en que, quizás un día, el género humano se reencuentre con la niñez. Por ahí, nos señala, discurre el camino de la Salvación. De la única Salvación conocida.

* * *





TEODORO ERENCHUN

EL MUNDO POR MONTERA

Si aceptamos que existir es un arte, tendremos a Teodoro Erenchun como sublime esteta del día a día. Venas aventureras las suyas, por las que corría sangre de gran hedonista regada desde un corazón de solitario y alimentada con el aire del millón de caminos que transitó. Teodoro hizo de su cuerpo de chicarrón azpeitiarra todo un hogar: allá donde lo plantara brotaba un jardín epicúreo en el que la intensidad suplía a la mezquina abundancia, la amistad al prosaico interés, y se difuminaba cualquier umbral entre noche y día, arte y vida, sueño y realidad, alegría y pena. Don Teodoro, el primer pintor vasco que marchó a las Américas –no para *hacerlas* sino para gozarlas–, nos ha legado una obra apasionada en la que los pinceles no fueron sino una de tantas herramientas de expresión para su personalidad fascinante, modelo de independencia y de inviolable libertad.

Breve es la vida, ancho el mundo e infinitas las posibilidades de construir algo en el espacio y en el tiempo. La naturaleza no tiene otro secreto que la adaptación de cada cual a estas condiciones. El resto... depende de nuestra imaginación y de nuestro entusiasmo.

Esta es la lección esencial que el muchachote Teodoro aprendió de su padre, un próspero importador de tabaco cubano a quien la última carlistada arrastró a la ruina. Lección que implicaba su dosis de dolor, al descubrirse de la noche a la mañana que la hermosa y apacible Azpeitia, escenario de su infancia e inspiración para sus primeros paisajes y retratos, se convertía en una tierra descarnada donde no había lugar para los Erenchun. “Cada uno por su cuenta”, dijo el padre a sus seis hijos, “ancho es el mundo e infinitas las posibilidades”.

Puesto en la tesitura de abrirse un porvenir, Teodoro pensó que su mejor bayoneta sería el lápiz. Aunque dominaba también con sobrado garbo el piano (lo que es tradición secular en la familia), por entonces todavía no se planteaba la música como modo de subsistencia. Este joven alumno de Antonio María Lecuona –otro damnificado por la derrota del aspirante borbónico– tenía soltura en el trazo y perspicacia psicológica para el retrato, que por socarrona lucidez a menudo ladeaba hacia la caricatura. Virtudes que justificaron la concesión de una beca de la Diputación guipuzcoana para cursar estudios en la Academia de San Fernando de Madrid. De este modo, el futuro trotamundos partió con 20 años hacia la capital con el obje-

tivo de adiestrarse en el manejo de los colores y, de paso, hacerse un sitio en el Gran Teatro del Mundo.

En Madrid compartió pinceles, paletas y aguarrás con un vitoriano de ascendencia azpeitiarra, Pablo Uranga, tres años mayor que él y bastante más avezado en correrías mundanas, quien fue su Pigmalión en los misterios de esa capitalona provinciana que era la Villa y Corte hace un siglo. Muchas tardes iban al Prado, donde Uranga consumía semanas enteras copiando goyas y velázquezes, mientras nuestro paisano tomaba apuntes hasta que se cansaba y desaparecía sin previo aviso (actitud típica de Erenchun, de quien rara vez se sabía dónde estaba, y cuando reaparecía nunca quedaba claro si llegaba o se iba, entraba o salía...). Al atardecer, los dos amigos se lanzaban a la bohemia por tascas, saraos y cafetines musicales, lugar de la mayor preferencia erunchiana dado que, ante el piano y con un par de copitas de orujo, el de Azpeitia era el rey de los despenadores.

Pero una de las actividades que con mayor fruición cultivó Teodoro en Madrid fue el toreo. No se perdía corrida en las Ventas, y aunque anduviera siempre corto de perras para pagarse siquiera una sombra, se las arreglaba comerciando retratos o estampas taurinas con alguacilillos, chulos o monosabios. Esta gozosa afición no debe extrañarnos cuando hablamos de un guipuzcoano, y para más *inri* de Azpeitia. Pues quedando probado, como afirmara el padre Larramendi, que “si en el cielo se corrieran toros, los guipuzcoanos todos fueran santos por irlos a ver”, tratándose de Teodoro puede





añadirse que el alma misma hubiera vendido al diablo si los tendidos estuviesen en el infierno. Tan lejos llegaba su furor por la lidia, que en aquel período estudiantino puso a prueba sus cualidades en diversas capeas, y del gusto que le cogió a la cosa a poco cambia los pinceles por la muleta.

Con vistas a alargar su libertad de aprendiz de artista, Teodoro pidió un año de prórroga a la Diputación para permanecer en Madrid. Agotados los plazos, en 1886 regresa a Azpeitia donde, recordando la gratificante experiencia junto a su maestro Casto Plasencia en la decoración de la iglesia de San Francisco el Grande, se propuso crear un hermoso fresco religioso sobre el atrio de la parroquia de San Sebastián de Soreasu. Allí levantó Teodoro un enorme andamio en cuya cima vivió como un anacoreta durante todo el tiempo que duró el parto de *Los cuatro doctores de la Iglesia*. La obra, interesante y avanzada sobre la pintura religiosa de su tiempo, retrataba a los santos Jerónimo, Ambrosio, Agustín y Gregorio con excelente mano y sereno y abundante colorido. Desgraciadamente, el posterior derrumbe de parte de la estructura borró toda huella de aquel trabajo.

Cuando todos los pintores de su generación, incluidos compañeros de escuela como Úranga, soñaban con marchar a París o a Italia, Teodoro se decidió, nadie sabe bien cuándo ni porqué, a poner proa hacia América. Tenía 25 años, poco dinero en el bolsillo y una breve formación artística. En sus maletas, además de éso, abrigaba un loco afán por llenar su juventud de sensaciones nuevas.



Salió del puerto de Burdeos como parten los aventureros: con rumbo incierto y sin plazos. Emborronadas en un papel llevaba las señas de unos paisanos afincados en Rosario, que le abrirían las puertas del Nuevo Mundo.

Empezó pintando, pintando como un poseso: paisajes, retratos, escenas de costumbres... Pero el mercado estaba por los suelos, y apenas le llegaba para comer a diario. Y Teodoro, que tenía como primer mandamiento personal trabajar para vivir y nunca vivir para trabajar, viendo que le resultaría más sencillo ganarse unos pesos como músico, decidió cambiar de oficio y de estrategia. En otro joven con ambiciones esto hubiera producido algún quebranto, mas no en él que nunca transcendentalizó su vocación aunque amara la pintura por encima de todo.

Como es sabido, en aquellos primeros años del siglo la colonia vasca en Argentina, concentrada sobre todo en la región porteña, era numerosa e influyente. Tal vez siguiendo el consejo de un paisano, desde 1903 Teodoro probó suerte en la capital. Frecuenta la Sociedad Laurak Bat de Buenos Aires, en cuyas veladas interpreta al piano los aires vascos, con la nota de nostalgia obligatoria pero contagiando también de alegría a todos con sus humoradas. Entre otras, la de poner un cuadro sobre el piano cada vez que se sentaba a tocar, en acto publicitario de su verdadero oficio. Como no podía ser menos en un hombre de impronta tan ingeniosa y afable, en cuestión de semanas despuntó como uno de los personajes más pintorescos y queridos del círculo vasco-bonaerense.

Tuvo enseguida su oportunidad como ilustrador de la revista *La Basconia*, y recibió encargo de retratar a los más preclaros vascos del país, quienes a su turno le introdujeron en la alta sociedad criolla. Conoce al gran ensayista de la reconstrucción nacional, Bartolomé Mitre, y a un joven poeta que le impresiona por su brillantez: Leopoldo Lugones, buen amigo de todos los oriundos de la vieja Vasconia.

Al paso del tiempo y casi sin pretenderlo, Teodoro Erenchun oye llamar a su puerta a presidentes de la República, ministros, industriales, financieros... Su fama de retratista corre por toda Argentina, las paredes de la Casa Rosada se adornan con sus telas y empieza a ganar un dinero que apenas tiene tiempo de contar antes de haberlo gastado. Ahora bien, nunca cambia su residencia en el Hotel de los Vascos –donde tendrá reservada la misma habitación hasta el final de su aventura americana–, ni disciplina un ápice sus modos de incurable bohemio. Por ejemplo, un rico terrateniente le encarga su retrato, y tras posar durante muchas horas queda a la espera del resultado. Se consumen semanas sin noticia de Teodoro, y por fin el impaciente caballero se acerca hasta el estudio del artista, al que no queda otro remedio que confesar la verdad de su demora: atendiendo a una solicitud de los padres franciscanos para que realizara un cuadro del fundador, descubrió que con sólo aplicar unas largas barbas y unos hábitos al retrato del terrateniente resultaba un san Francisco casi perfecto, cosa que, por supuesto, no se pensó dos veces antes de ejecutar.





Su afición a las carreras de caballos y al galanteo le condujeron varias veces a la bancarrota, pero el bueno de Erenchun tenía energía y recursos para solventar sin trauma esta clase de reveses. ¿Que se quedaba sin dinero para las apuestas? El remedio era sencillo: con ágil mano de dibujante esbozaba rápidas estampas hípicas y las vendía *in situ* a los aficionados, corriendo luego con el producto hasta la taquilla para poner su apuesta.

Con la ganancia de sus retratos bonaerenses, el inquieto Teodoro desaparece sin decir mu. Marcha a la vecina Paraguay y adquiere una hacienda para la explotación agrícola, contratando a empleados provenientes de la provincia española de León. Es el período más feliz de su vida, conclusión que deducimos considerando que jamás permaneció tanto tiempo sedentario como en su finca paraguaya. Parte importante de los beneficios los destina a organizar corridas clandestinas por toda la región, contratando a los toreadores españoles de gira por América. Y no sólo para que la afición admirara a los grandes profesionales de la tauromaquia nacional, sino para que se enterara también de que el propio Erenchun era un matador con mucho estilo, presentándose él mismo como empresario y novillero en Argentina y Paraguay.

No obstante, la suerte termina siéndole adversa: al cabo de unos años, una terrible inundación arruina sus cosechas y transforma en lodo la tierra hasta entonces próspera. Teodoro, adaptándose por enésima vez al medio, vuelve a empezar. Chile, Brasil, Bolivia... En esta última nación se refugia entre las comunidades indígenas



para sanar heridas del trajín mundano. Su don para las lenguas le permitió aprender el guaraní en Paraguay, y en Bolivia se inició en el quechua, ello sin merma de su exquisito euskera y su buen castellano.

En Brasil echó mano del siempre socorrido arte musical, que le reportaría cierto éxito con sus interpretaciones libres del folklore local. Fueron años de “tournés”, como él decía, de un lado para otro vestido impecablemente con poncho y sombrero de paja, el mismo atuendo con que en 1927 arribaría a Cestona, cansado y algo enfermo, dejando atrás muchos amigos, grandes amores y cientos de cuadros malvendidos, olvidados o perdidos. Obras donde se retratan las costumbres gauchas e indias, gestas militares y escenas de café, tan del gusto de los impresionistas a los que él adoró aunque su pintura apenas incursionara en esos territorios experimentales.

Se ha contado la anécdota de que, careciendo de medios para regresar, su íntimo amigo el caricaturista Luis Bagaría organizó una colecta en su favor. “Cierto es que le ofrecieron una velada como despedida y que en ella se recaudaron unos pesos para ayudarle; pero no que estuviera en una situación tan desesperada como para que su retorno dependiera de la caridad”, nos dice Eloy, sobrino y último confidente de Teodoro.

Sea como fuere, el “gran atorrante”, como le bautizara Vicente Cobreros, *pintor y músico a rachas*, poeta en sus horas bajas, y siempre agudo y bienhumorado azpeitiarra, zarpó de Buenos

Aires una tarde de agosto a bordo de un vapor de nombre *Desirade*. En un baúl llevaba su escasa ropa y un reloj de bolsillo, único objeto que le acompañó desde que saliera de Azpeitia treinta y ocho años antes; en otro, pequeños cuadros, quedando a la espera de un tercer baúl donde se empaquetaban sus obras más grandes, pero que por traición o negligencia de sus custodios se extravió.

En Arrona, residiendo en casa de su hermano, todavía tuvo tiempo de transmitir cuanto aprendió del arte y de la vida al joven Eloy, último testigo hoy de la memoria de su tío. Recuerda, entre otros detalles, que Don Teodoro en sus casi cuatro décadas lejos de casa jamás escribió una sola carta a sus familiares. Como tampoco sabía lo que era pasar consulta ante un médico hasta que, aquejado de un agudo dolor, le condujeron a un facultativo quien diagnosticó cáncer de colon. En la fiesta de los enamorados del año 1931, Teodoro Erenchun inició su último viaje.

Breve es la vida, ancho el mundo e infinitas las posibilidades de construir algo en el espacio y en el tiempo. Con mayor o menor fortuna, con mucho o escaso acierto, Teodoro fue siempre fiel a ese principio creativo. Quizás le faltó tesón o paciencia para convertirse en un gran artista; probablemente su radical independencia le impidió formar una familia o un hogar estable. Lo que nadie discute es que improvisó, día a día sin faltar uno, una existencia original, libre y abierta a experiencias que no conocieron fronteras.



